

PUNTO

ROJO



LOS OJOS DEL DIABLO

clark carrados



LOS OJOS DEL DIABLO

CLARK CARRADOS

LOS OJOS DEL DIABLO

Colección PUNTO ROJO n.º 83

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

DEPOSITO LEGAL B 22.477 - 1963

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.^a EDICIÓN: NOVIEMBRE - 1963

© CLARK CARRADOS - 1963

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963

N. R. 4585/63

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

812. — Trampa mortal.

En Colección SERVICIO SECRETO:

688. — Horas en rojo.

En Colección BUFALO:

515. — Venganza fatal.

En Colección CALIFORNIA:

357. — Violencia bajo el sol.

En Colección COLORADO:

311. — Trampa sin salida.

En Colección KANSAS:

246. — La herradura mellada.

En Colección BRAVO OESTE:

148. — La marca sangrienta.

En Colección PUNTO ROJO:

78. — Una vieja dama.

En Colección SALVAJE TEXAS:

390. — De través sobre el caballo.

Los OJOS del DIABLO

por CLARK CARRADOS



CAPÍTULO PRIMERO

El páramo era áspero, frío y desolado.

Hacia el Oeste, su planicie se veía interrumpida súbitamente por una brusca caída hacia el mar, cuyas olas golpeaban incesantemente la base de los acantilados, en un eterno batallar contra la arenisca y el granito de las rocas, corroyendo sus bases día tras día, año tras año, siglo tras siglo. Hacia el Este, el páramo era una constante sucesión de leves ondulaciones cubiertas de hierba, brazos y matorrales que luchaban denodadamente por sobrevivir en un medio hostil; y la llanura continuaba hasta interrumpirse, a bastantes millas de la costa, en una hilera de agresivas colmas que corrían de Norte a Sur.

Al pie de las colinas corría un río, el Bearlodd, y a orillas del Bearlodd se hallaba la aldea de Magshowter. Entre las aldeas y la costa, en el centro del páramo, había un viejo caserón que amenazaba ruina por sus cuatro costados.

El caserón era de techo de pizarra, inclinado a dos aguas, y disponía de un par de edificios auxiliares, más pequeños, que habían servido antiguamente como establos y almacén de aperos de labranza y otros utensilios. Los edificios auxiliares se desmoronaban por falta de atención y en sus tejados se veían varios orificios abiertos por la hostilidad de los elementos, orificios que nadie se había cuidado de tapar.

Una tapia de piedra, de un metro de altura por la mitad de grosor, con algunas brechas abiertas a lo largo de su extensión, circunvalaba el conjunto de edificios ruinosos de los cuales distaba, por término medio, un centenar de metros. Entre la tapia y las casas había unos cuantos árboles: robles, encinas, olmos y castaños, de copas vencidas por el constante soplo del viento que venía del

océano.

El rumor del mar golpeando la base de los cantiles era incesante. Las nubes, arrastradas por una frígida brisa, corrían rápidas y muy bajas, mucho más bajas que las cimas de las colinas a cuyo pie se asentaba la aldea.

A media milla de la casa se divisaban unas ruinas de piedra. Antiguamente había existido allí una abadía, cuyos monjes habían sido perseguidos al advenir la Reforma argelina. Expulsados los monjes y expropiados sus bienes, la abadía se había ido desmoronando con los tiempos, hasta el punto de no quedar actualmente de la misma, otra cosa que un par de viejos e inestables muros, un fragmento de la torre y menos de medio claustro, de arcadas, románicas, de las cuales sólo dos o tres, entre ellas la de acceso a su interior, subsistían todavía. Las hierbas crecían libremente y apenas si dejaban ver las losas que habían formado el pavimento de la abadía.

La distancia de la casa y la abadía a la costa era, aproximadamente, la misma: unos mil doscientos metros, lo cual significaba que una y otra se hallaban en una línea más o menos paralela con los acantilados. Entre ellas y el borde de los mismos, a mitad de camino, brotaba una fuente.

El terreno era muy llano y el agua tenía dificultad en desaguar. Durante el invierno, cuando no helaba, el sobrante de líquido caminaba serpenteando hasta saltar por el precipicio al mar. Pero era muy poca el agua que sobraba, porque el terreno absorbía casi toda, formando una extensión pantanosa de unos quinientos metros de anchura por término medio, en algunos lugares de la cual era peligroso pasar, dado que la composición geológica era principalmente arenosa y ello formaba zonas movedizas, cuya profundidad era imposible conocer.

El paisaje era lúgubre, deprimente. Salvo los árboles que crecían en torno a la casa, no se divisaban otros en muchas millas a la redonda, hasta las orillas del Bearlodd. A veces, la niebla proveniente del mar, era tan alta, que se arrastraba por el suelo, componiendo efectos fantasmagóricos con sus cambiantes volutas de vapor húmedo compuesto de billones de microscópicas gotitas de agua.

Las ruinas de la abadía no eran visitadas apenas por los

habitantes de la casa, salvo por uno que tenía la costumbre de acercarse allí con cierta frecuencia. Era una joven de unos veinticuatro años de edad, alta, de formas esbeltas y macizas, de pelo rubio, que le pendía largo y suelto por la espalda, y ojos intensamente azules. Se llamaba Maxence Lyme.

Aquel día, Maxence, embutida en un impermeable gris pizarra, y cubierta la cabeza con un pañuelo negro, caminó hasta las ruinas. Como de costumbre, iba abstraída, sin reparar en los detalles que la rodeaban. Él suelo estaba húmedo y esponjoso. Las nubes corrían muy bajas, tanto, que a veces, se arrastraban por el suelo, dejando enganchados jirones de vapor en las ramas de los escasos arbustos que crecían en el páramo. Finas gotas de agua mojaban su rostro, pero ella no parecía prestar atención a la humedad del ambiente.

Tan abstraída estaba en sus melancólicos pensamientos, que no se dio cuenta de que había llegado a las ruinas. Era un paseo que realizaba la mayoría de los días, por la fuerza de la costumbre, de tal modo que los pies la conducían mecánicamente hasta allí. No se dio cuenta de que algo se agitaba con fúnebres movimientos, hasta que algo rozó su cabeza.

Entonces levantó los ojos. Un inarticulado grito de espanto se escapó de sus labios.

El viento emitió un siniestro gemido. Los pies del ahorcado giraban lentamente. Sus manos pendían lacias a lo largo de los costados y la lengua, negra, monstruosamente hinchada, asomaba entre unos labios lívidos, horrendos, mientras que los globos oculares parecían que iban a saltar fuera de las órbitas en cualquier momento.

Maxence retrocedió uno o dos pasos, con la vista clavada en el hombre que pendía del arco de entrada al claustro. Llevóse una mano a la boca, mientras su cuerpo temblaba como una hoja de árbol, sacudida por el vendaval.

Una racha más fuerte de viento hizo danzar el cadáver del hombre ahorcado de un modo espeluznante.

Aquello fue como una especie de revulsivo que sacó a Maxence de la terrorífica abstracción en que había caído. Emitiendo roncós gritos de espanto, dio media vuelta y echó a correr frenéticamente hacia la casa.

La puerta de la casa se abrió y Maxence apareció en el umbral, lívida, jadeante, despeinada. Lanzó un agudo grito:

—¡Jeanne!

El grito rebotó en el interior del edificio.

—¡Jeanne!

Nadie contestó a las frenéticas llamadas de la muchacha. De repente, Maxence sintió que todo giraba en torno suyo, en medio de un bramador torbellino de luz y ruido. Luego, todo desapareció detrás de un negro y silencioso telón de fondo.

Cuando despertó, se encontró en su habitación, una vasta pieza, en uno de cuyos lados se veía una chimenea encendida. El lecho en que se encontraba era grande y en la cabecera del mismo había un pequeño baldaquino adornado con cortinas de rojo damasco. Era de noche ya y, aparte de la luz que emitían las llamas de los troncos que ardían en el hogar, había una vela encendida, en un candelabro situado sobre una mesita que había junto al lecho. La llama de la vela arrojaba cambiantes sombras sobre el techo, de largas vigas negras, y las paredes, encaladas simplemente, con uno o dos viejos cuadros de escaso valor como único adorno.

Maxence abrió los ojos torpemente. Durante unos momentos, permaneció inmóvil, escuchando los silbidos del viento en el páramo y el crepitar de los leños en la chimenea. Luego se incorporó sobre un codo.

Sorprendida, vio que alguien la había desvestido y que ahora llevaba sobre el cuerpo un simple camisón.

Se preguntó por qué estaba en el lecho, cuando no era hora todavía de acostarse.

Bruscamente, recobró la memoria. De nuevo volvió a verse en las ruinas de la abadía, a unos pasos del hombre ahorcado, que pendía por el cuerpo de la piedra clave del arco de entrada al mismo. Un grito de espanto asomó a sus labios, pero pudo contenerlo a tiempo.

Haciendo un esfuerzo, se lanzó fuera del lecho, calzóse unos zapatos y envolvió su cuerpo en una bata que había a los pies de la cama. Torpemente, caminó hasta la puerta y la abrió.

—¡Jeanne!

La llamada rebotó por las paredes del edificio. Esta vez, Maxence sí obtuvo respuesta.

—Un momento, señorita.

La joven se paseó nerviosamente por la estancia. De pronto, una mujer apareció ante sus ojos, con tan silenciosa rapidez, que Maxence dio un paso hacia atrás, retrocediendo asustada.

—¿Llamaba usted, señorita Lyme?

La recién llegada era una mujer de unos treinta y ocho a cuarenta años, de aspecto todavía atractivo, sin embargo; de carnes abundantes y macizas, senos exuberantes y amplias caderas, pero sus ojos eran pequeños y maliciosos.

—¿Quién me ha traído hasta mi cuarto? —preguntó Maxence.

—Nosotros, es decir, el señor Lyme y yo, señorita. La encontramos desmayada en la puerta. Nos asustamos mucho, ésta es la verdad.

—¿Dónde está mi tío Roderick? Necesito que venga, pronto.

—Está en el antiguo establo, arreglando unas herramientas. Iré a llamarle ahora mismo.

—Sí, vaya, Jeanne, pronto... ¡No, espere!

La mujer había dado ya media vuelta, pero rectificó.

—¿Señorita? —inquirió cortésmente.

Maxence se inclinó hacia ella. Sus ojos brillaban como ascuas.

—Jeanne, estuve esta tarde en las ruinas de la abadía.

—Sí, como casi todos los días —contestó la sirvienta con voz neutra.

—Había un hombre allí.

—¿Un hombre? ¿No sería Carl?

—No. No lo había visto en mi vida, Jeanne. Ademáis...

El cuerpo de la joven sufrió una fuerte convulsión. Cerró los ojos un momento, como si quisiera olvidar la espantosa visión que había presenciado horas antes.

—Estaba ahorcado. Colgaba del arco de entrada al claustro...

—¡Jesús! —La sirvienta se santiguó—. ¡Un hombre ahorcado! La señorita ha visto visiones, sin duda.

—Le digo que es cierto, Jeanne. Lo vi con mis propios ojos, no hay la menor duda. Llame a mi tío Roderick... —A cada segundo que pasaba, la excitación de la joven iba en aumento—. Quiero hablar con él. Es preciso avisar a la policía cuanto antes... Vamos, dese prisa, Jeanne.

—Sí, señorita. Ahora mismo... ¡Jesús, un hombre ahorcado en

las ruinas de la abadía!

La sirvienta desapareció escaleras abajo. Al quedarse sola, Maxence se acercó al fuego y tendió sus manos hacia las llamas. Tenía frío y todo su cuerpo se estremecía en continuos y menudos espasmos. Durante unos instantes, sus dientes entrechocaron ruidosamente. Luego, poco a poco, los estremecimientos cesaron.

Unos momentos después, se oyeron unos pasos rápidos por la escalera. La puerta se abrió de golpe y un hombre penetró la estancia. Detrás venía Jeanne.

El hombre era alto, fornido, de unos cuarenta y cinco años de edad. Tenía el pelo casi blanco y bajo el doble arco de sus cejas, espesas y velludas, lucían unos ojos de dureza diamantina.

—Me han dicho que has visto un hombre ahorcado en las ruinas, Maxence —dijo el recién llegado...

—Así es, tío Roderick —contestó la muchacha, estremeciéndose de nuevo. Cerró los ojos un instante—. Oh, era horrible... Aquella expresión, sus ojos...

—¿Estás segura de que lo has visto, sobrina? —dijo el hombre.

—¿Cómo puedes dudar siquiera de lo que digo? —protestó ella, indignada.

Roderick hizo un gesto evasivo.

—Verás, sobrina; en los últimos tiempos...

—Mi cabeza rige perfectamente, si es eso lo que querías decir —contestó ella enérgicamente—. El hombre está allí, en las ruinas. Ahorcado. ¿Te das cuenta? Es preciso avisar a la policía inmediatamente. Se ha cometido un crimen...

—¿Crimen? ¿Cómo puedes afirmarlo tan rotundamente? ¿No se tratará de un suicidio?

Maxence se quedó cortada momentáneamente.

—A pesar de todo —dijo al cabo de unos momentos—, aunque fuera un suicidio, la policía tiene que intervenir.

El hombre reflexionó un momento.

—Muy bien —sentenció finalmente—. Iré a ver qué hay en las ruinas. Pero hasta mañana por la mañana no podré ir a Magshowter.

—Tienes el automóvil —alegó ella.

—Es de noche y no tengo ganas de pasar incomodidades por un sujeto que está ya muerto —gruñó el sujeto—. Iré mañana. —Su

acento no admitía discusión—. Venga conmigo, Jeanne. Ahora subirá un poco de cena a la señorita. No ha probado bocado desde el mediodía...

—No quiero comer —protestó Maxence—. La comida no me pasaría.

—Una taza de té —sugirió la sirvienta.

—Bueno —accedió ella.

Jeanne salió a continuación del tío de Maxence. La joven quedó de nuevo sola en la habitación.

Un momento después se oyó la puerta de entrada al caserón. Casi al instante, la muchacha escuchó los terribles aullidos de unos perros y se estremeció. Los dos sabuesos de su tío Roderick Lyme, «Titán» y «Dragón» la aterraban.

—Aquí está el té.

Maxence se volvió, ahogando un grito de susto. Jeanne había penetrado en la habitación sin hacer el menor ruido.

La joven estaba tan nerviosa que no pudo por menos de increpar a la sirvienta.

—¡Haga el favor de llamar cada vez que entre en mi habitación! —dijo violentamente. Luego, de repente, dulcificó su gesto—. Perdóneme, Jeanne; estoy tan excitada que no sé lo que me digo.

Jeanne sonrió humildemente.

—Es lógico, señorita, sobre todo, después del espectáculo tan horrible que ha visto. Vamos —añadió en tono confianzudo—, tómese una taza de té. Le sentará muy bien, se lo aseguro.

Maxence sonrió débilmente. A pequeños sorbos, se tomó una taza de té, pero cuando la sirvienta quiso ponerle otra, denegó con la cabeza.

—Gracias, con ésta tengo más que suficiente.

—Debiera acostarse, señorita —recomendó Jeanne.

—Es que quiero esperar a mi tío...

—Puede esperarle en la cama. La noche está muy desapacible.

Maxence se pasó la mano por la frente.

—Sí, es una buena idea —dijo.

Se quitó la bata y después de descalzarse, se envolvió en las sábanas. Estiró las piernas y se cubrió hasta la barbilla.

De repente notó un extraño cansancio. Un dulce sueño hizo pesar sus párpados. «Debe ser la reacción», pensó un segundo antes

de quedarse profundamente dormida.

Jeanne volvió a entrar en la estancia. Caminó de puntillas hasta el lecho y se acercó a la durmiente.

Durante unos momentos, estuvo observando el sueño de Maxence. El pecho de la joven subía y bajaba rítmicamente.

La sirvienta estuvo así unos momentos. Después, convencida de que Maxence dormiría largo rato, sopló sobre la vela y extinguió la llama, dejando como único resplandor el de las llamas que bailoteaban alegremente en la chimenea. Luego salió tan silenciosamente como había entrado.

El viento emitió un lamentoso gemido. A lo lejos, los canes aullaron.

CAPÍTULO II

—¡Quieto, «Titán»! ¡Quieto, «Dragón»!

La mano firme de Roderick Lyme contenía a los canes, cada uno de los cuales poseía una dentadura capaz de degollar a una persona en un santiamén. Los cuellos de las feroces bestias estaban protegidos por unas fuertes carlancas de cuero y fleje de acero, provistas de agudas púas del mismo metal, atadas a cada una de las cuales había dos fuertes traillas de fina pero fuerte cadena metálica, forrada de piel. Lyme sostenía a los animales con la mano izquierda, en tanto que empleaba la derecha para alumbrarse el camino con una potente antorcha eléctrica.

En pocos minutos llegó a las ruinas de la abadía. Entonces, una sombra fantasmal se separó de una de las columnas del claustro.

—¡Condenación! —Gruñó el individuo—. Empezaba a pensar que ya no iba usted a venir.

—No pude hacerlo antes. Mi sobrina se desmayó al llegar a casa y tuve que esperar a que se recobrara y me comunicara la noticia. Como comprenderás, no podía actuar sin conocer antes, «oficialmente», la noticia del hombre ahorcado.

—Es cierto —convino el individuo, echándose a reír—. ¡Diablos! ¡Qué susto se llevó la chica! Y yo ahí arriba, colgando, con la lengua fuera... No sé cómo pude contenerme y no soltar una carcajada.

—Si lo hubieras hecho... —amenazó Lyme.

—Pero no lo hice —contestó el otro, desafiante—. Bueno, vayamos a lo más interesante. Yo ya he desempeñado mi papel. Ahora le toca a usted.

Los perros se agitaron de pronto, haciendo chasquear sus mandíbulas con estremecedores sonidos. El falso ahorcado dio un salto hacia atrás.

—¡Maldición! ¡Aparte a esos canes de ahí! ¡No tengo ganas que se me lleven media pierna de un mordisco!

—Está bien, Wexley —dijo Lyme, conciliador—. No te pongas así. Ahora te pagaré lo convenido.

Lyme llevó a los perros a un lado, atando las traíllas a una de las columnas de piedra. Luego retomó junto al individuo y le entregó un puñado de billetes.

—Alumbre —dijo Wexley secamente.

Lyme enfocó el haz de rayos de la linterna sobre las manos del sujeto. Wexley protestó.

—Esto no es lo convenido. Faltan doscientas libras, es decir, la mitad, redondamente.

—Tendrás que esperar un poco, Wexley. Ahora ando un poco escaso de numerario.

—Conque escaso de numerario, ¿eh? Oiga, Lyme, a mí no me venga con cuentos. Sé lo que quiere y lo que obtendrá cuando haya terminado todo, de modo que apoquine la «pasta» que acordamos y no se hable más. Diablos, estaba temblando ahí arriba; si me falla el artilugio, el ahorcamiento habría resultado auténtico. —Movié los hombros—. Aún tengo los sobacos doloridos a causa de la maldita cuerda. El dinero, Lyme, el dinero.

—Te digo que debes esperar. La cosa está ya madura. Dentro de una o dos semanas...

Los ojos de Wexley brillaron amenazadores.

—Jack «El Pálido» me habló bien de usted en todo, menos en una cosa. De no haber sido por él, no me habría molestado en venir desde Londres para desempeñar este papelito, ¿comprende? Así, que el dinero o...

Wexley se interrumpió deliberadamente. Lyme le miró con fijeza durante unos segundos.

—Muy bien —dijo—. Haré un esfuerzo... —Súbitamente, movió la mano derecha y golpeó con la linterna el rostro del individuo.

Wexley cayó al suelo lanzando un aullido de dolor. Revolviéndose rápidamente, buscó un arma en sus bolsillos.

Lyme movió el pie derecho y lo estrelló contra la mandíbula del maleante. Wexley cayó hacia atrás, completamente desmayado.

La linterna había resistido, aunque el cristal protector se había agrietado. Lyme respiró profundamente, mientras trataba de

coordinar sus ideas.

No tardó mucho en llegar a una conclusión. Era preciso deshacerse de aquel individuo. Tenía la seguridad de que, aunque le pagase lo convenido, Wexley acabaría por hacerle objeto de un chantaje. Y esto no resultaría en absoluto favorable para sus planes.

Moviéndose rápidamente, buscando entre las ruinas. Detrás de unos matorrales encontró las cuerdas que había utilizado Wexley para desempeñar su comedia.

El lazo corredizo seguía hecho. Lo pasó en torno al cuello del individuo y luego lo empalmó a la otra cuerda, la que había servido realmente para sostener su cuerpo. Acto seguido, lanzó el otro extremo por encima del arco de piedra.

Agarró el cabo con una mano y agachándose, asió a Wexley por el cuello de la chaqueta, incorporándolo a medias, con el fin de evitarse un esfuerzo suplementario. Tiró del cabo y la cuerda se tensó.

Wexley quedó suspendido verticalmente por la misma tensión de la cuerda. Entonces, Lyme lo soltó y agarró la sogá con ambas manos, en el mismo momento en que el maleante recobraba el conocimiento.

Wexley lanzó un agudo grito, coreado por los feroces aullidos de los perros. Los canes, excitados, tiraban con fuerza de las traíllas, alzándose sobre las patas traseras.

El grito de Wexley quedó cortado bruscamente cuando sus pies se separaron de la tierra. Sus manos sé engarfiaron en el cuello, buscando en vano, aliviar la mortífera presión de la sogá. Pataleó frenéticamente, mientras al otro lado, Lyme afirmaba los pies contra el suelo, sosteniendo la cuerda con todas sus fuerzas, a fin de resistir los frenéticos espasmos del sujeto en sus últimos momentos.

Los movimientos de Wexley cesaron al cabo. Sus piernas dejaron de moverse y sus brazos pendieron laciamente a lo largo de los costados. La lengua que asomaba entre sus labios amoratados estaba ahora auténtica y monstruosamente hinchada.

Lyme esperó aún Unos minutos, hasta asegurarse de que todo signo de vida había huido del cuerpo de Wexley. Al cabo, aflojó las manos, soltó la cuerda y el cadáver de Wexley rodó sordamente por la hierba húmeda.

Acto seguido, Lyme se arrodilló junto al cuerpo inerte y le

registró minuciosamente, despojándole de cuanto pudiera contribuir a su posterior identificación, incluyendo las etiquetas de la ropa. Después cargó con el cadáver, colocándoselo sobre el hombro izquierdo.

Caminó hacia los acantilados, dando un rodeo, a fin de evitar el cenagal, alumbrándose con rápidos e intermitentes destellos de la linterna, que empuñaba con la mano derecha. Media hora más tarde, alcanzaba el borde de los farallones.

Se acercó cuanto pudo al final del páramo. Haciendo un esfuerzo, lanzó el cuerpo de Wexley al vacío.

Oyó un par de estremecedores choques. Luego, el ruido de las olas apagó cualquier otro sonido.

En la oscuridad, Lyme sonrió torvamente.

—Efectivamente —murmuró a media voz—, había un ahorcado. —De pronto, se echó a reír, muy divertido por su propio chiste—. Ahora será un ahogado... si es que los cangrejos dejan algo.

Dio media vuelta y emprendió el camino de regreso hacia la abadía. Los perros aullaron al sentir sus pasos.

—Aquí estoy, muchachos —dijo, recogiendo de nuevo el extremo de las traíllas—. ¿Os habéis impacientado mucho, «Titán»? ¿Eh, «Dragón»?

Sujetando a los animales con firme mano, caminó hacia la casa. Los aullidos de las fieras se confundían a veces con los gemidos del viento.

Maxence despertó mucho más tarde.

La habitación estaba a oscuras. La vela había dejado de alumbrar y en la chimenea sólo quedaban unas cuantas brasas que lucían melancólicamente, disipando apenas las tinieblas en un corto radio.

La joven consultó el relojito de esfera luminosa que tenía sobre la mesita de noche. Eran las tres de la madrugada. ¿Por qué tardaba tanto su tío en volver?

Reflexionó unos momentos, pensando en la horrenda visión que había presenciado a la hora del crepúsculo. ¿Por qué no había vuelto todavía su tío Roderick? Caminando sin prisas, bastaban diez minutos para llegar a las ruinas de la abadía. En media hora había tenido tiempo más que suficiente para ir y venir. ¿Qué era lo que le había entretenido? Desde las diez de la noche habían pasado ya

cinco largas horas. ¿Por qué no estaba ya de vuelta tío Roderick?

Se incorporó en el lecho, disponiéndose a encender la vela, para levantarse y salir. De pronto se quedó quieta, rígida, inmóvil, suspendida incluso la respiración.

Alguien la estaba mirando.

Fuera, el viento azotó las copas de los árboles con rumoroso siseo. Lentamente, Maxence se reclinó de nuevo en el lecho, crispando las manos en torno al embozo de las sábanas, mientras contemplaba con hipnótica fijeza el ojo que la miraba desde la pared opuesta.

Era un ojo enorme, de gran tamaño, más de un metro, cuya pupila poseía un intenso color negro. La red de vasos sanguíneos esparcidos por la córnea infundía repugnancia.

Los dientes de la joven entrechocaron. El ojo se hallaba a unos dos metros y medio del suelo, exactamente frente a ella. Maxence sintió que unas gotas de sudor frío corrían por sus sienes. Quiso gritar, pero tenía la lengua pegada al paladar.

Y de pronto, el ojo desapareció.

Maxence se sentó de golpe en el lecho, tiritando de frío, dando diente con diente. Se preguntó si era víctima de una pesadilla, pero un rápido pellizco en el brazo la convenció de que, efectivamente, estaba despierta por completo.

Al cabo de unos momentos, se atrevió a abandonar el lecho. Descalza, sin hacer el menor caso de la frialdad de las baldosas, caminó hasta la pared opuesta, palpándola con las manos.

—Es imposible, imposible —repitió.

Mecánicamente, regresó al lecho. Estaba despierta, pero no tenía la seguridad de no ser víctima de una alucinación. Quizá había soñado que veía aquel ojo un segundo antes de despertarse. Salvo un tenue resplandor que se desprendía de las brasas, la habitación permanecía en tinieblas.

Permaneció sentada en el borde de la cama largo rato. Al cabo de un tiempo, decidió dormirse de nuevo. Tendióse otra vez y se cubrió con las mantas. En el mismo instante, el ojo reapareció por segunda vez.

Esta vez, el grito se escapó de los labios de la joven, agudo, rotundo, estridente.

—¡No!

Convulsa, lívida, con el corazón a punto de estallarle, se arrojó de la cama y corrió hacia la puerta, gritando enloquecida para llamar la atención de los restantes moradores de la casa.

—¡Tío Roderick! ¡Jeanne!

El vestíbulo estaba iluminado solamente con la mortecina llama de un quinqué de petróleo, cuya mecha había sido reducida al mínimo. Desalada, sin cuidarse de su semidesnudez ni de sus pies descalzos, bajó la escalera atropelladamente.

—¡Tío Roderick! ¡Jeanne!

Llegó al vestíbulo, sin que nadie hubiera contestado a sus llamadas. Había en el mismo tres o cuatro puertas que correspondían a otras tantas estancias y las abrió, una tras otra, sin encontrar a nadie. Al abrir la última, exhaló un aullido desgarrador y retrocedió, lívida, jadeante, despeinada.

¡El ojo la miraba desde la pared opuesta a la entrada!

—¡No, no! —sollozó, caminando a trompicones.

Gimió, mientras se agarraba al barandal para subir de nuevo las escaleras.

—Tío... Roderick... Jeanne...

Entró en el dormitorio y se dejó caer sobre la gruesa alfombra de piel que había junto al lecho, sollozando monótonamente. Había llegado a un punto en que no sabía si estaba dormida o era víctima de alguna horrenda pesadilla.

Unas manos fuertes la tomaron de pronto por debajo de los brazos y la depositaron en la cama. Maxence se revolvió bruscamente.

—Tío Roderick —gritó, sentándose de golpe.

Jeanne, la sirvienta, aparecía envuelta en una gruesa bata de lana, a los pies del lecho, sosteniendo con la mano derecha una palmaria con una vela. Su rostro aparecía hondamente preocupado.

—¿Qué te sucede, mi querida niña? —preguntó el hombre solícitamente.

—He visto unos ojos —declaró ella ansiosamente. Extendió su mano en dirección al muro frontero—. Allí había uno... Era enorme, grande, tenía más de un metro... Otro me miraba en el salón de la planta... también muy grande... ¿De quién son esos ojos, tío Roderick?

—No sé de qué me hablas, Maxence —contestó el hombre con grave acento—. Sin duda has debido de soñar.

—¿Soñar? Oh, no, no; estaba despierta por completo..., tengo la seguridad de ello, tío Roderick... Dos ojos..., uno aquí y otro abajo... Cuando vi el primero eché a correr y os llamé a los dos... Ninguno me respondió...

Lyme volvió el rostro hacia la sirvienta.

—Jeanne, ¿oyó usted algo?

—Nada en absoluto, señor —contestó la sirvienta—. Hasta que usted vino a llamar a la puerta de mi dormitorio, no había oído nada.

—¡Pero yo grité varias veces! —protestó Maxence con gran vehemencia—. Teman que haberme oído los dos...

—Debiste soñarlo, sin duda. En los últimos tiempos, tus nervios andan un poco tirantes, demasiado sabes por qué. Mañana haré que venga el doctor Braxton.

—No necesito ningún médico, tío Roderick. Estoy bien, y lo que digo es la verdad. Vi unos ojos que me miraban en silencio...

La muchacha se interrumpió de pronto.

—Tío Roderick.

—¿Sí, Maxence?

—¿Fuiste... a las ruinas de la abadía?

—Claro. Pero cuando regresé, Jeanne me dijo que estabas dormida y no quise despertarte.

La joven no se atrevía a hablar.

—¿Y... qué... viste a la entrada del claustro?

Roderick Lyme arqueó las cejas.

—¿Ver? Oh, nada. Aquello está completamente desierto. Sólo algunos matorrales y mucha hierba, eso es todo.

Las pupilas de la joven aparecían enormemente dilatadas.

—Pero... yo vi a un hombre... —Se resistía a pronunciar la palabra fatídica—. Estaba colgando por el cuello...

De pronto se tapó los ojos con las manos, como si quisiera sustraerse al recuerdo de la horrenda visión presenciada la tarde anterior.

—Estaba allí, ahorcado... Pendía del arco de entrada... —sollozó.

Lyme le palmeó los hombros suavemente.

—Querida niña, debes olvidar esas visiones. No había nada en la abadía, repito.

Maxence le miró con fiereza.

—Adivino lo que estás pensando, tío Roderick —dijo.

—¿De veras? —El hombre se echó a reír, como tomándolo a broma—. Adivinar el pensamiento de los demás, aparte de resultar algo maravilloso, debe ser sencillamente fascinador. Y, ¿qué es lo que estoy pensando, si se puede saber?

—Que estoy loca.

Sobrevino un momento de silencio. El fuego había sido renovado en la chimenea y uno de los troncos crepitó con seco estallido. Maxence se sobresaltó.

—Sí, piensas que estoy loca —repitió.

—¡Absurdo! Jamás se me ocurriría pensar de ti una cosa semejante, sobrina. Lo único que te sucede es que estás un poco... bien, tienes los nervios un poco alterados, eso es. Mañana vendrá el doctor Braxton, te reconocerá y te dará algo para que vuelvas a recobrar tu compostura habitual. Mientras tanto, ¿por qué no procuras dormir un rato? Si lo deseas, Jeanne puede quedarse aquí, a tu lado, velando tu sueño.

—No —dijo ella con voz temblorosa—, prefiero quedarme sola. Déjenme, los dos.

Lyme hizo un signo con la cabeza. Jeanne abandonó silenciosamente la habitación. Al salir, la vela que llevaba arrojó una larga y monstruosa sombra sobre uno de los muros. Maxence lo observó y se estremeció violentamente.

—Enciende una luz, tío, por favor —rogó.

—Claro que sí.

Roderick Lyme sacó una caja de fósforos y prendió el pabito de la vela que había junto a la cama. Luego la miró, mientras sonreía con expresión comprensiva.

—Procura dormir y olvidar todo, querida —dijo.

Y salió de la estancia.

Maxence se tendió en el lecho, agarrándose al embozo con ambas manos. Así, en aquella postura, la sorprendió el nuevo día.

CAPÍTULO III

El doctor Braxton salió de la habitación de Maxence y se quitó las gafas, que guardó en el bolsillo de pecho de su chaqueta. Luego se pellizcó un instante el caballete de la nariz, con expresión preocupada.

—¿Y bien, doctor? —inquirió Lyme ávidamente.

El doctor Braxton era un individuo joven, de unos treinta y tres o treinta y cuatro años, de mediana estatura y rostro inteligente. Aunque trataba de combatirla, la obesidad empezaba ya a vencerle, cosa que se reflejaba en la ligera prominencia de su vientre.

—Está bien —dijo—, físicamente me refiero, claro está. En cuanto a la mente ya no me atrevería a asegurar tanto.

—Tiene terribles pesadillas con gran frecuencia, y esto es lo que me preocupa, doctor —manifestó Lyme.

—Y, sin embargo, no hace mucho, debía ser una muchacha completamente normal. ¿Ha sufrido algún grave *shock* síquico que haya motivado estos trastornos actuales de su mente?

Roderick Lyme bajó la vista.

—Sí, doctor —confesó.

—Por favor —rogó el médico—. Necesitaría una explicación más completa, si he de hacer algo positivo en favor de la señorita Lyme. Su sobrina, según creo.

—Así es. Hija de mi hermano mayor John... Pero venga por aquí, conmigo, doctor. En el salón estaremos más cómodos y, calculo, no me rechazará una copa de buen oporto.

El médico sonrió.

—Eso no se discute siquiera, señor Lyme. Es usted muy amable.

Los dos hombres descendieron por la escalera y se dirigieron a una de las habitaciones de la planta baja, una especie de salón,

decorado con muebles antiguos, pero de escaso valor. Las paredes estaban desnudas casi por completo, a excepción de un par de cuadros de poco mérito artístico.

Lyme se dirigió a una alacena, de la cual extrajo una botella y dos copas, que llenó. Entregó una al médico y levantó la suya.

—Salud.

—Salud —correspondió el doctor Braxton. Al terminar, chasquéo la lengua con gesto apreciativo—. En efecto, es un oporto estupendo.

—Gracias —sonrió Lyme—. ¿Otra copa, doctor?

—Oh, no, muchas gracias. —Braxton sonrió también—. Tengo que hacer algunas visitas y mis clientes podrían formarse una impresión errónea de su médico.

Lyme rió cortésmente.

—Tiene razón, doctor. Bien, entonces, si no le importa, le contaré lo que le sucedió a su paciente.

—Le escucho, señor Lyme.

—Sí, en efecto, hace unos meses, Maxence era una muchacha completamente normal. Hasta entonces, no había demostrado ningún síntoma de inestabilidad síquica. Pero un día, al volver de una fiesta en casa de unos amigos, se encontró a sus padres muertos violentamente.

El médico hizo un gesto de espanto.

—¡Dios mío! ¿Asesinados?

Lyme movió la cabeza con gesto pesaroso.

—Mucho peor, doctor —contestó—. Mi hermano, esto es, el padre de Maxence, se había casado diez años antes, en segundas nupcias, con una mujer de extraordinaria hermosura. Esto sucedió cuando Maxence contaba unos catorce años de edad. Su madrastra tendría, en el momento de la boda, alrededor de veintiocho, pero puedo asegurarle que cuando murió era tan bella como diez años antes. —Lyme se sirvió una nueva copa de vino y la despachó de golpe—. El dictamen de las autoridades fue asesinato y suicidio.

Braxton se estremeció.

—¡Debió ser horrible! —comentó.

—Sí. —Lyme suspiró otra vez—. Edna Lyme, es decir, la madrastra de Maxence..., bueno, no sé cómo decirle. Parece ser que su conducta como esposa no era todo lo correcta que debiera ser.

Mi hermano concibió unos celos horribles y... ¿Me comprende usted, doctor Braxton?

El médico asintió.

—De modo que el padre de Maxence mató a su esposa y luego se suicidó.

—Exactamente, doctor.

—¿Qué arma empleó?

—Pistola. La acribilló a tiros, reservándose el último para sí mismo. Fue un asesinato de loco, de un sádico; todas las balas fueron a parar al rostro de Edna Lyme... Imagínese usted los destrozos.

—Un loco afán de destruir la belleza que era tan codiciada por otros hombres —dijo el médico.

—Justamente. Y Maxence fue la primera en descubrir los cadáveres. Imagínese el choque que recibió.

—Claro —dijo Braxton pensativamente—. ¿Y a partir de entonces es cuando empezó a dar muestras de desequilibrio síquico?

—Así fue, doctor. Por eso anoche dijo que había visto un hombre ahorcado en la abadía y por la misma razón aseguró haber visto unos ojos que la miraban en la oscuridad. A mi entender, son pesadillas provocadas por su actual estado anímico.

El doctor Braxton se tironeó pensativamente del labio inferior.

—Es muy posible —concordó—. Una cosa de éstas, deja siempre una huella indeleble en el ánimo de una persona, y más si ésta es extraordinariamente sensitiva, receptiva en el caso de la señorita Lyme. Tales personas llegan a confundir sus sueños con la realidad, tomando por hechos concretos lo que no son más que simples imágenes causadas en el interior de sus cerebros superexcitados.

—Eso mismo he pensado yo, doctor, aunque, claro está, debía contar con la opinión de un experto. Además...

Lyme se interrumpió. Braxton le miró interesadamente.

—¿Qué es lo que tiene que decirme? Siga, no se pare, se lo ruego.

—El difunto padre de Maxence fue internado en una clínica psiquiátrica cuando tenía dieciocho años. Estuvo dos años sometido a tratamiento, pero salió completamente curado. Temo que después, al casarse..., en fin, doctor, la herencia, usted me comprende.

—Sí —convino el médico—. Puede ser un factor que es preciso

tener en cuenta, aunque no es determinante en absoluto en el caso de la señorita Lyme. Sin embargo, en lo que respecta a su padre, si ya sufrió una alteración síquica a los dieciocho años... ¿Cuántos tenía citando murió?

—Cuarenta y nueve, doctor.

—Es posible que durante treinta años viviera pacíficamente, hasta el momento en que la conducta liviana de su esposa alteró de nuevo su delicado equilibrio mental. A fin de cuentas, el asesinato por celos es provocado siempre por una locura momentánea. O, por lo menos, en la inmensa mayoría de los casos.

—Desde luego —concordó Lyme.

—La comprobación del engaño de que era objeto por parte de su esposa pudo producir en el señor Lyme aquel estallido de violencia. Después, casi con toda seguridad, al verla muerta, tendida a sus pies, debió recobrar parcialmente la cordura y entonces comprendería la enormidad de su crimen. Incapaz de soportar la existencia, deseó recibir un rápido castigo y para ello no encontró mejor medio que suicidarse.

—Eso mismo he opinado yo, doctor. Pero ahora, como comprenderá, Maxence me preocupa.

Braxton movió la mano.

—La señorita Lyme es una enferma recuperable. Claro que debe seguir un régimen especial, no demasiado riguroso, por descontado... Aunque la verdad, éste no es el lugar más adecuado para curar esos nervios.

Lyme emitió una sonrisa forzada.

—Doctor, nuestros medios económicos...

—Comprendo —suspiró el médico—. La costa mediterránea sería un lugar ideal. Cualquier sitio, desde Gibraltar a Sicilia. Luz, aire, sol y mar serían el remedio ideal, pero, claro está, uno debe acomodarse a sus posibilidades. Bien, de todas formas...

El médico se sentó a la mesa. Sacó una libreta y escribió algo sobre una hoja de papel, que luego arrancó y entregó a su interlocutor.

—He prescrito este sedante porque es de acción suave y benéfica y, cosa importante, no crea hábito. Largos paseos, mucho aire puro y comidas sanas y sustanciosas. Nada de salsas ni especias, que excitan los nervios. Café tampoco, por supuesto. Dormir, mucho.

Distracciones, también. Radio, televisión si le es posible, pero no programas de violencias, y lecturas poco profundas. Siguiendo ese plan y si usted la ayuda, creo que llegará a recuperarse en pocas semanas.

Lyme sonrió.

—Trataremos de curarla, doctor —dijo.

Braxton se ajustó el impermeable. Calóse el sombrero y recuperó su maletín.

—Si empeorase, no dejen de llamarme inmediatamente, a cualquier hora del día o de la noche.

—Desde luego, doctor.

Al quedarse solo, Lyme estudió la receta durante unos momentos. Por unos instantes, sintió la tentación de arrojarla al fuego, pero se contuvo. A Braxton podría ocurrírsele preguntar en la farmacia, y si se enteraba de que no habían comprado el sedante, podría entrar en sospechas, cosa que no le convenía en absoluto.

Después de unos instantes de reflexión, abandonó el salón, cruzó el vestíbulo y llegó a la cocina.

—¿Dónde está Carl?

Jeanne estaba pelando unas patatas. Movi6 la cabeza con gesto indiferente.

—Por ah6 —dijo.

—No eres muy amable —gruñ6 Lyme, descontento.

—¡Bah! —contest6 la sirvienta, desdeñosamente.

Lyme se encogió de hombros. Atraves6 la cocina y abri6 la puerta posterior.

—¡Carl!

Un hombre sali6 de uno de los cobertizos. Era bajo, fuerte, tremendamente robusto y su rostro poseía una expresi6n de simiesca brutalidad, acentuada por unas espesas cejas que parecían un solo trazo de cerdas negras en la frente.

—¿S6? —dijo el hombre de mala gana.

Lyme le entreg6 el papel.

—Toma el coche, ve a la farmacia de la aldea y que te despachen esta receta.

Carl continu6 inm6vil.

—¿Qu6 te pasa? —pregunt6 Lyme, intrigado.

Carl frot6 el índice y el pulgar, haciendo un gesto harto

significativo.

—«Pasta» —dijo lacónicamente.

—Está bien —rezongó Lyme. Metió mano en el bolsillo de la chaqueta y extrajo un billete de una libra.

—Roñoso —le espetó Carl descaradamente.

—Vete al infierno —gruñó Lyme.

—¿Y si falta dinero?

—Sobrará —declaró el otro tajantemente—. Lo único que siento es no conocer el precio exacto de la medicina.

Carl se echó a reír. Enseñaba unos dientes picados de negro por muchos sitios.

—Si no me tasara tanto el licor —se quejó cínicamente.

—No me gusta que bebas aquí, lo sabes de sobra. Y no te emborraches en Magshowter; no quiero espectáculos, ¿me entiendes?

Carl movió una mano con gesto desdeñoso.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo. Giró sobre sus talones y se encaminó al lugar donde guardaban coche.



Los perros daban grandes saltos...

CAPÍTULO IV

Lyme regresó a la cocina.

—¿Qué ha dicho el médico? —inquirió la mujer.

—Ha prescrito un sedante, un régimen de comidas sanas y ligeras y muchos paseos.

La mujer soltó una risita.

—¿Y qué más?

—Nada más. Ya está bien, ¿no?

Jeanne se encogió de hombros.

—Me imagino que sí.

Lyme frunció el ceño.

—Te encuentro muy reticente estos días, Jeanne —expresó.

—¿Reticente? Oh, yo siempre soy la misma. Lo que pasa es que..., bueno, no me gusta que me den largas, es todo.

Lyme la agarró por un brazo y la atrajo de golpe hacia sí. Ella echó su barbilla hacia atrás, mirando al hombre con gesto desafiante. Su seno voluminoso rozaba el pecho de Lyme.

—Debes tener un poco de paciencia, Jeanne —rogó él.

La mujer rió entre dientes.

—Hace..., ¿cuánto tiempo, Rod? ¿Diez años? ¿O sólo son diez meses? Dime, ¿cuánto tiempo hace que pronunciaste una frase análoga por primera vez?

—No seas estúpida. Ahora no puedo hacer nada. ¿O es que no sabes verlo tú misma con tus propios ojos?

—Sí, claro. Lo veo. Pero cada día me siento más harta. —Tenía en la mano el cuchillo y lo levantó en alto—. Harta de pelar patatas, ¿comprendes? Quiero que otra las pele para mí, no desempeñar continuamente un papel que no me va en absoluto. —Sus ojos brillaron con repeina fiereza, a la vez que apoyaba el cuchillo en la

yugular de Lyme—. Un día me cansaré y lo echaré todo a rodar. Y tu cabeza será la primera que ruede, ¿me oyes?

Lyme no se inmutó. Sonreía.

—¿Por qué no aprietas a fondo, querida? —la desafió.

El opulento busto de Jeanne palpitó con violencia.

—¡Maldito seas! —dijo. Lanzó el cuchillo a un lado con gesto de furia—. Sabes de sobra que no podría, condenado.

Se colgó de su cuello y le besó vorazmente. Al terminar, tenía el rostro completamente sofocado.

—Pero termina pronto, por lo que más quieras, Rod; termina pronto o...

Lyme le pellizcó cariñosamente en una mejilla.

—Paciencia, querida, paciencia —dijo, sin perder la sonrisa. Luego salió de la cocina, silbando una alegre cancioncilla.

Recobró su compostura al empezar la ascensión de la escalera. Llegó a la puerta del dormitorio de Maxence y tocó con los nudillos en la madera de la puerta.

—Adelante.

Lyme penetró en el dormitorio. La joven estaba sentada en el lecho, muy pálida, cubiertos sus hombros con un peinador de encajes. Tenía el cabello suelto, caído a ambos lados de la cabeza y en sus manos sostenía un libro desganadamente.

—Estuve hablando con el doctor, querida —dijo—. Me ha recomendado un régimen que, estimo, debieras seguir al pie de la letra.

—Sí —convino ella apagadamente.

Lyme le explicó en qué consistía el régimen. Maxence volvió la vista hacia la ventana, a través de la cual se divisaba el desolado y neblinoso páramo.

—Éste no es el mejor lugar para distraerse, tío —murmuró.

—Por supuesto, aunque convendrás conmigo en que, después de lo sucedido, tu casa de Londres es un sitio aún menos adecuado.

Maxence movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Claro —dijo con voz irresoluta—. Tío Roderick.

—Dime, querida.

—El médico..., ¿qué ha dicho de... de lo que vi anoche?

Lyme bajó la vista un momento.

—Tienes los nervios muy sobrecargados —respondió—.

Tranquilidad y olvido es lo que más te conviene.

Maxence exhaló un melancólico suspiro.

—Tranquilidad, es posible. Pero olvidó... —Se cubrió los ojos con las manos—. ¡Oh, es demasiado horrible lo que vi aquel día en casa, tío Roderick! ¡Demasiado horrible!

—Por eso mismo, debes procurar olvidarlo, Maxence —dijo Lyme en tono persuasivo—. Es cierto que fue una horrible desgracia, pero no es menos cierto que ya no tiene remedio. Sé valiente y olvida, querida sobrina.

El pecho de la joven se dilató espasmódicamente. Sus ojos estaban aún húmedos por las lágrimas que había derramado momentos antes.

Hizo un esfuerzo y sonrió.

—Sí, procuraré seguir tus consejos, tío Roderick.

—Y los del doctor Braxton, tenlo presente —sonrió el hombre.

Maxence movió la cabeza afirmativamente.

Aquella noche, en la soledad de su despacho, el doctor Braxton, junto a un buen fuego y con una copa de excelente coñac en una mano y la pipa en la otra, se dedicó a la meditación. El tema central de sus pensamientos estaba ocupado por la visita que había realizado durante el día al caserón del páramo.

Estuvo meditando durante largo rato en lo que había visto y oído, sopesando especulativamente todas y cada una de las frases pronunciadas por Maxence y su tío. La muchacha, físicamente, era normal, pero aquellas pesadillas le preocupaban.

El doctor Braxton terminó la copa a pequeños sorbitos y recargó de nuevo la pipa. Envuelto en azuladas nubes de humo, creyó haber llegado a una conclusión.

Abandonando su inmovilidad, sentóse ante su mesa de trabajo y después de poner unas cuartillas delante de sí, empezó a escribir.

La carta no fue demasiado larga, aunque sí enjundiosa. Al terminar de escribir, la releyó, quedando complacido de su obra. Entonces hizo el sobre, en el cual metió la cuartilla doblada. Pegó la goma y puso un sello, que extrajo del departamento correspondiente de su billetera.

Acto seguido se dirigió al recibidor, y se colocó una bufanda, el sombrero y el impermeable. Quería echar la carta aquella misma noche, a fin de que llegara cuanto antes a su destinatario.

Haciendo un esfuerzo, Maxence consiguió ingerir un poco de alimento sólido, que acompañó con un par de tazas de té. Cuando Jeanne se hubo llevado la bandeja con el desayuno, saltó fuera del lecho y entró en el cuarto de baño contiguo, del cual salió una vez terminado su aseo.

Regresó al dormitorio, en donde se vistió con unos pantalones de paño, de color negro, un *pullover* gris y unos fuertes zapatos de tacón bajo. Se puso un chaquetón impermeable y se ató un pañuelo en torno a la cabeza, después de lo cual abandonó la estancia.

En el vestíbulo se encontró con su tío.

—¿Vas de paseo, Maxence? —preguntó Lyme.

Ella movió la cabeza afirmativamente.

—Hace días que no me he movido de casa y siento deseos de estirar las piernas —contestó.

—Me alegro de que pienses así —sonrió el hombre—. Precisamente no me atrevía a sugerírtelo, temeroso de contrariar tu voluntad. Aunque ya sabes que eso es precisamente lo que te recomendó el doctor Braxton.

Maxence emitió una pálida sonrisa.

—Desde luego —dijo—. Hasta después, tío Roderick.

—Cuídate mucho, sobrina —recomendó el hombre afectuosamente.

La joven asintió. Abrió la puerta y salió al exterior.

Una racha de aire frío y muy húmedo golpeó su rostro. Aspiró con fuerza, llenándose los pulmones de oxígeno. Luego empezó a caminar con paso rápido por el páramo.

Mientras lo hacía, no pudo por menos de recordar los terribles acontecimientos que la habían traído a semejante situación. Se estremeció una vez más al recordar el espantoso cuadro que había visto aquel día al regresar a su casa.

Le parecía imposible que su padre hubiese matado a Edna. Los dos constituían un matrimonio magníficamente avenido y se profesaban un amor mutuo que había maravillado y admirado en muchas ocasiones a la joven. ¿Por qué razón iba a haber cometido su padre un delito tan horrendo?

¿Por celos, según la versión oficial? La conducta de Edna Lyme había sido siempre irreprochable. Ella no creía en modo alguno que Edna hubiese engañado a su marido. La recordaba como una mujer,

aparte de su hermosura, de carácter franco y abierto, incapaz de doblez alguna. Si Edna, cosa improbable, pero no imposible, se hubiese enamorado de otro hombre, se lo hubiera confesado a su marido desde un principio y se habría separado de él sin más dilación.

¿Entonces... otros motivos? Económicos, no, por supuesto. Edna había aportado al matrimonio una pequeña dote de dos mil quinientas libras, toda su fortuna, y en cuanto a su padre, tenía un magnífico empleo como técnico en metalografía en el Instituto Aeronáutico de Farnborough, que le permitía vivir holgadamente, sin el menor agobio. No eran ricos, desde luego, pero estaban muy lejos de ser pobres. Edna y su padre vivían felices con lo que tenían y no parecían haber ambicionado más.

Por su parte, ella, hasta el momento del suceso, había desempeñado un buen puesto en una importante oficina de la City, de modo que no había constituido una carga para su casa. No, no se trataba de motivos amorosos extraconyugales ni tampoco económicos. ¿Qué había originado, pues, aquel horrible doble crimen?

Absorta en sus pensamientos, no se dio cuenta de que se acercaba al cenagal, hasta que uno de sus pies se hundió demasiado en la tierra blanda y esponjosa.

Con gesto vivo dio unos cuantos pasos hacia atrás y luego realizó un gran rodeo hasta hallarse segura de haber rebasado la zona pantanosa.

Minutos más tarde, se hallaba al borde de los acantilados. Desde una altura de treinta metros, contempló las olas que rompían con fuerza contra las rocas. El mar arremetía con furia y los golpes de agua se deshacían en grisáceas espumas, de las cuales, a veces, el viento arrebatava un puñado de microscópicas gotitas que ascendían a la altura lo suficiente como para humedecer el rostro de la muchacha. Metió las manos en el bolsillo del chaquetón y permaneció así, en la misma postura, durante un buen rato.

El mar y el cielo se confundían a lo lejos, en una gran bóveda de color gris plomo. En aquel lugar, el viento soplaba libremente, sin el menor obstáculo, emitiendo, a veces, ciertos silbidos que más parecían melancólicos gemidos de almas en pena. El ambiente era lúgubre, depresivo.

Maxence se estremeció y no de frío, precisamente. Arrebujóse en el chaquetón y se dispuso a dar media vuelta para regresar a casa.

En el mismo instante, se quedó helada de terror, con la boca completamente abierta, queriendo gritar, pero sin fuerzas para emitir el menor sonido.

Los dos mastines de su tío, «Titán» y «Dragón», corrían hacia ella.

Los canes daban grandes saltos a la vez que abría sus fauces y enseñaban unos colmillos de tamaño espantable. Maxence sabía que el único que dominaba a los perros, y no siempre con éxito, era su tío Roderick.

¿Quién los había dejado sueltos? «Titán» y «Dragón» eran dos auténticas fieras, capaces de despedazar a una persona en pocos momentos. Ella les había rehuido siempre y los canes, por su parte, parecían haber captado aquel sentimiento de antipatía. Ahora corrían sueltos y libres a través del páramo, gruñendo amenazadoramente. Estaban ya a menos de cien metros de ella y salvarían la distancia en unos pocos segundos.

Aterrada, la muchacha miró en torno suyo, buscando inútilmente una escapatoria. ¿Por qué había sido tío Roderick tan descuidado?

Miró hacia abajo. Al pie de los cantiles había una pequeña playita de unos tres metros de ancha por diez o doce de larga. Pero, para alcanzarla, era preciso recorrer los treinta metros de caída casi vertical y ella no tenía aptitud alguna de alpinista.

Los canes aullaron fieramente. En el mismo instante, Maxence descubrió un ligero saliente plano a unos dos metros por debajo del borde del precipicio. El saliente tendría veinticinco centímetros de ancho por un metro de largo.

Espantada, comprendió que en aquellos instantes era lo único que podía hacer para escapar a los colmillos de los canes. Se tendió, primero, de bruces en el suelo y luego, agarrándose con fuerza al borde, se dejó resbalar lentamente, hasta que sus pies alcanzaron la seguridad del saliente. Apenas lo había hecho, los canes sacaron la cabeza por fuera del acantilado, ladrando ensordecedoramente a unos centímetros de su rostro, furiosos por la inesperada evasión de una presa que habían considerado ya segura.

Maxence se acurrucó en aquel angosto refugio, temblando de

espanto, mientras buscaba con las manos un asidero para afirmarse mejor. Por encima de ella, los canes ladraban desaforadamente. Debajo de ella, las olas rompían con fuerza contra las rocas.

Los perros le dirigieron unos cuantos aullidos de rabia. Luego; viendo que su presa se les había escapado, dieron media vuelta y emprendieron el regreso a la casa.

Maxence permaneció aún largo rato en el mismo sitio, sin atreverse a mover un solo dedo, temblando de pavor a la sola idea de enfrentarse de nuevo con tan temibles fieras. Ni siquiera se atrevió a asomarse arriba, cosa que, además, le resultaba imposible, puesto que para hacerlo tenía que abandonar el refugio. Aunque era alta, no podía mirar por encima ni aun empinándose de puntillas.

Transcurrió un tiempo cuya duración no supo precisar. Al fin, se dijo que no podía permanecer todo el día en la misma postura y que, además, érale forzoso regresar a la casa. Pero la idea de encontrarse en medio del páramo con los perros, indefensa y sin la menor posibilidad de escapar, la aterraba.

La inmovilidad provocó escalofríos en su cuerpo. Lentamente, distendió las piernas y se irguió totalmente. Luego estiró las manos y agarró el borde del acantilado.

En el mismo momento, sus pies perdieron el apoyo.

Al sentirse caer, Maxence lanzó un grito agudísimo que fue arrastrado por una frígida racha de viento.

CAPÍTULO V

Una piedra se desprendió del muro y cayó, rebotando por la pared, hasta estrellarse contra la cresta de una ola. En el último instante, las manos de Maxence consiguieron aferrarse al borde del saliente, evitando, de este modo, una caída que hubiera resultado inexorablemente fatal.

Permaneció así, suspendida sobre el abismo, con los pies moviéndose en el vacío, colgada de las manos. Su rostro había adquirido la blancura de la nieve.

Por un momento, sintió la tentación de abandonarse a su suerte y abrir los dedos. Sólo sería un instante de dolor; después, sobrevendrían la paz y el olvido definitivos... para siempre.

Pero una pequeña lucecita se encendió en algún remoto rincón de su mente y la impulsó a luchar por su supervivencia. No obstante, supo mantener la necesaria serenidad para discernir que, sin ayuda humana, no podría salvarse.

Maxence no había practicado apenas otros ejercicios gimnásticos que la natación en sus épocas de vacaciones estivales, mas el ansia de vivir era muy fuerte en ella y le proporcionó una fuerza sobrehumana que la hizo mantenerse pendiente de la roca salediza. Haciendo un esfuerzo, consiguió lanzar un agudo grito.

—¡Socorro! ¡Aquí!

Maxence creyó que se había obrado un milagro. Un rostro humano surgió en aquel instante por el borde del acantilado.

—¡Dios mío! —exclamó el hombre. Y enseguida se dio cuenta de la apurada situación porque atravesaba la muchacha—. No se mueva, señorita —dijo—. Ahora bajo a ayudarla.

Maxence emitió un penoso jadeo.

—Sí..., pero, apúrese... pronto... Se me acaban las fuerzas...

—Ahora mismo, señorita Y no hable una sola palabra, se lo recomiendo.

El hombre vestía un grueso chaquetón, del que se despojó en un santiamén, lanzándolo a un lado. Luego, con gran rapidez, aunque sin descuidar las precauciones en ningún momento, se dejó resbalar hasta asentar los pies en el saliente.

—Tenga calma, señorita —murmuró en tono amistoso y tranquilizador. Lentamente, pues el espacio era harto angosto, se inclinó, hasta asir con su mano una de las muñecas de la joven—. Déjese llevar y no haga nada.

Ella le dirigió una mirada suplicante. La mano del hombre tiró de su brazo, izándola a pulso, con lenta firmeza, hasta depositarla de nuevo en el saliente. Una vez en aquella relativa seguridad, Maxence se apoyó en el muro, sintiendo en su interior los desbocados latidos de su víscera cardíaca.

Estuvo así unos momentos, sin dar crédito todavía a su prodigiosa salvación, tratando de recuperar el aliento perdido, mientras su cuerpo se estremecía todavía en leves espasmos. De pronto oyó la voz del hombre.

—Deme la mano, señorita.

Maxence levantó la vista. El sujeto había trepado de nuevo y estaba ahora arrodillado al borde del acantilado. Ella alargó una de sus manos y como la vez anterior, se sintió izada a pulso con toda facilidad. Una vez arriba, sin poder contenerse, se dejó caer al suelo, donde permaneció un buen rato acurrucada sobre sí misma, engarfiando los dedos sobre la tierra herbosa y húmeda, como si quisiera agarrarse al suelo para no volver a caer.

La voz del hombre sonó de nuevo.

—Señorita.

Ella alzó la cabeza y le miró con turbias pupilas. Lentamente, con torpes movimientos, se puso en pie.

—Aún no le he dado las gracias por haber acudido tan oportunamente en mi ayuda —manifestó con voz vacilante.

—No tiene importancia —sonrió él. Era joven, unos treinta o treinta y dos años, de rostro atezado, ojos negros y perspicaces y facciones atractivas en las que brillaban unos dientes muy blancos. Su estatura rebasaba a la de la muchacha en quince centímetros, y poseía unos hombros anchísimos—. Me llamo Alderness, Clinton

Alderness.

—Maxence Lyme —se presentó ella. Aún mostraba en su rostro las huellas de los horribles momentos porque acababa de pasar.

—¿Lyme? —repitió Alderness en tono pensativo—. ¿Dónde he oído yo ese nombre no hace mucho? Bueno —añadió con brillante sonrisa— eso no tiene la menor importancia, señorita. Lo realmente interesante es haber llegado a tiempo. ¿Cómo fue que cayó por semejante despeñadero?

Maxence se pasó una mano por la frente, notándola cubierta todavía de un sudor frío y desagradable. Vaciló. ¿Cómo iba a contarle que había caído allí para escapar a las acometidas de unos feroces canes? Por otra parte, no se sentía inclinada en absoluto a hacer partícipe de sus problemas a un desconocido.

Trató de forzar una sonrisa de circunstancias.

—La curiosidad de las mujeres, supongo. Creí ver un objeto que brillaba en aquel saliente y me entraron deseos de ver qué era. Luego me resbaló el pie y... bien, de no haber sido por usted, creo que habría acabado por caer al mar. Pero —inquirió— ¿cómo acudió tan oportunamente?

—Primero creí haber oído un grito. Pensé que habría sido el viento, pero luego, el grito se repitió. Entonces, se me ocurrió mirar fuera del borde y la vi a usted. Eso es todo —sonrió Alderness.

—Jamás podré agradecer su acción como se merece —dijo ella.

Alderness hizo un gesto indiferente.

—Olvidelo, señorita Lyme —dijo. Luego preguntó—. ¿Vive usted en Magshowter?

—No. Resido en aquella casa que se ve desde aquí —respondió Maxence, señalándola con la mano. El terreno era ligeramente abombado y sólo permitía ver el tejado y la chimenea del edificio—. ¿Quiere venir conmigo? —invitó ella repentinamente—. Me agradaría mucho poder ofrecerle una taza de té, señor Alderness.

—Acepto reconocido —dijo el joven.

Quince minutos más tarde, penetraban en el edificio. Disimuladamente, Maxence miró a derecha e izquierda sin encontrar el menor rastro de los canes. Luego hablaría con su tío del asunto, se prometió a sí misma.

Jeanne salió a su encuentro.

—¿Señorita? —murmuró servicialmente.

—Éste es el señor Alderness —presentó la muchacha—. Haga el favor de llevamos un poco de té al salón.

—Sí; señorita.

—Venga conmigo, por favor, señor Alderness.

El joven la siguió hasta la pieza indicada. Sus ojos captaron inmediatamente la relativa pobreza de la decoración, aunque no hizo el menor gesto que pudiera indicar su interés por cuanto tenía al alcance de la vista.

Permanecieron unos momentos charlando de temas indiferentes, hasta que vino la sirvienta con una bandeja. Maxence se la tomó de las manos.

—Puede retirarse, Jeanne —dijo—. Yo misma serviré.

—A su gusto, señorita.

El joven se fijó particularmente en el ambiente lóbrego y depresivo de la casa, aunque se abstuvo muy bien de formular la menor indicación en tal sentido. Estuvo hablando con la muchacha un rato todavía, y cuando ya se disponía a despedirse, entró un hombre en la pieza.

Lyme se detuvo a dos pasos del umbral, sorprendido por ver a Maxence en compañía de un joven de agradable aspecto. La muchacha dio un paso hacia el recién llegado.

—Tío Roderick —dijo— te presento al señor Alderness, al cual estoy muy agradecida por haberme salvado la vida. Señor Alderness, mi tío Roderick Lyme.

Los dos hombres se saludaron con frases corteses. De pronto, Lyme pareció reparar en un detalle.

—¿El señor Alderness te ha salvado la vida, dices? ¿Acaso te ha ocurrido algo grave?

—Resbalé por el acantilado y estuve a punto de caer al mar.

—¡Qué horror! —exclamó Lyme, espantado—. Pero ¿cómo pudo ocurrirte una cosa semejante, sobrina?

—Es difícil explicarlo, tío —respondió ella, con forzada sonrisa—. A menos, claro, que invoque el desarrollado sentido de la curiosidad femenina.

—No hay curiosidad alguna que justifique el que se produzca una situación tan arriesgada —dijo Lyme severamente. Miró al joven—. Señor Alderness, permítame que le felicite por una intervención tan oportuna.

—Oh, no tiene la menor importancia —sonrió el joven—. Paseaba por allí y escuché los gritos de la señorita, eso es todo.

Lyme le miró inquisitivamente.

—¿Reside usted en Magshowter, señor Alderness? —preguntó.

—Temporalmente tan sólo, señor Lyme.

—¿Vacaciones?

—En cierto modo. Soy profesor auxiliar del Colegio de la Magdalena, de Oxford, y estoy preparando una tesis sobre las construcciones de tipo religioso de los siglos XI y XII, es decir, del período de transición del románico al gótico. Las ruinas de la abadía que hay aquí cerca pertenecen a ese período y vine para estudiarlas y añadir mis observaciones a la tesis.

—Entiendo —murmuró Lyme pensativamente—. Bien, de todas formas, mi sobrina y yo le estamos muy agradecidos por lo que ha hecho en su favor. Si podemos serle útiles, no deje de acudir a nosotros en cuanto le sea necesario. En la biblioteca tengo algunos libros antiguos sobre arqueología.

—Un día les echaré un vistazo, con su permiso —sonrió Alderness—. Ahora habrán de dispensarme; he de volver a Magshowter.

—Puedo hacer que le lleven en mi coche, señor Alderness —ofreció Lyme.

—Muchas gracias —sonrió el joven—. Mi vida en Oxford es harto sedentaria y me gusta aprovechar las ocasiones para estirar las piernas y hacer un poco de ejercicio. Caminaré a pie hasta la aldea. De lo contrario —agregó con ligera sonrisa— acabaría por enmohecirme.

—A su gusto —dijo Lyme—. Le acompañaré hasta la puerta.

El joven estrechó la mano de Maxence y se despidió de ella, saliendo en unión de Lyme. Maxence se quedó en pie, junto a la mesa, esperando el regreso de su tío.

Lyme volvió momentos después. Su rostro aparecía ensombrecido por una cierta irritación que le resultaba difícil de disimular.

—¿Por qué has cometido una imprudencia semejaste? —preguntó en tono abrupto.

—No me quedó otro remedio —contestó ella.

—¿Qué? ¿Acaso pensaste suicidarte y luego te arrepentiste en el

último momento?

—No —respondió ella—. No estoy tan mal como para pensar en el suicidio.

—¿Entonces? —Lyme alzó las cejas.

Ella le miró fijamente.

—Había un pequeño saliente a dos metros del borde y tuve que bajar allí. A poco, parte del saliente se hundió y entonces yo quedé colgada por las manos sobre el abismo.

—¿Dices que tuviste que bajar?

—Sí. —Lentamente, Maxence explicó el resto— «Titán» y «Dragón» estaban sueltos y me hubieran destrozado de no haber actuado de aquella manera.

—¡Qué! —gritó Lyme.

—Lo que oyes, tío. Los canes estaban sueltos...

—¡Absurdo! ¡Imposible! Tú has estado viendo visiones, sobrina —exclamó Lyme con energía— «Titán» y «Dragón» han estado atraillados toda la mañana, puedo asegurártelo enfáticamente.

Maxence retrocedió un paso, con los ojos desorbitados por el espanto.

—¡Eso es mentira! —gritó—. Te lo juro, tío Roderick... Los canes se me arrojaban encima y tuve que recurrir a aquel expediente para escapar de ellos...

Lyme frunció el ceño.

—Repito que los perros han estado atados toda la mañana, Maxence.

—No..., no es cierto —balbuceó la muchacha—. Tú me estás mintiendo, tío Roderick. Los vi..., los he visto... Iban a devorarme...

El hombre la miró con gesto compasivo durante unos segundos.

—Pobrecilla —murmuró. Luego, de repente, se acercó a una de las ventanas y la abrió de par en par—. ¡Carl! —gritó.

—Señor Lyme —se oyó una voz al cabo de unos momentos.

—¡Acércate a la ventana, Carl! —Lyme volvió el rostro—. Ven, Maxence.

La muchacha se aproximó, con gesto temeroso.

—¿Señor Lyme? —dijo Carl, al pie de la ventana.

—¿Has soltado tú los perros esta mañana?

—¡Ni por pienso! —Fue la rotunda contestación del sujeto—. No

me acercaría a esas fieras salvajes por todo el oro del mundo.

—Gracias, Carl. Eso es todo lo que quería oír. Puedes continuar tu trabajo. —Lyme cerró la ventana y se volvió hacia la muchacha—. Maxence, ¿cómo puedes comprender que yo iba a dejar los perros sueltos, sabiendo que tú estabas paseándote por el páramo?

—Pero... —Los labios de la joven temblaban— te juro que he visto a los perros... Fue por eso que estuve a punto de morir en el acantilado... No digo que tú o Carl los soltasen, sino que pudieron ser acaso ellos mismos...

Lyme meneó la cabeza rotundamente.

—Las cadenas tienen una doble cerradura de seguridad, en el extremo y en la parte en que se unen a la carlanca de púas. Repito que es imposible, querida. El doctor Braxton —suspiró Lyme— tenía razón. Tus nervios están muy muy alterados...

—¡No! —gritó ella—. ¡He visto los perros! ¡Querían devorarme!

Lyme se acercó a la muchacha y le rodeó los hombros con el brazo, haciendo un ademán protector.

—Mi querida niña, ¿por qué no subes a tu cuarto y descansas un poco? Trata de olvidar, ¿quieres?

Ella le miró con ojos desorbitados:

—¿De... de verdad que no se soltaron los perros esta mañana, tío Roderick? —preguntó con voz temblorosa.

—Puedo jurártelo, si es preciso, Maxence.

La joven se pasó una mano por la frente ardorosa. De repente, se soltó de los brazos de su tío y echó a correr escaleras arriba. Al llegar al corredor superior, exhaló una terrible carcajada.

—¡Los perros no estaban sueltos! —gritó como una posesa. Y se metió en su cuarto, cerrando la puerta con fuerte golpe.

Jeanne salió silenciosamente de la cocina al vestíbulo. Sus menudos ojillos se clavaron en el rostro de Lyme, formulándole una muda interrogante.

Una débil sonrisa se formó en los labios del hombre. Moviéndose ligeramente la cabeza en señal de que todo iba bien. Jeanne sonrió también.

Maxence se agitó en, la cama, inquieta y nerviosa. Sus labios se movían, murmurando en sueños frases inconexas. Sacó un brazo, blanco y de mórbidos contornos, fuera de las sábanas, mientras su cuerpo se agitaba con menudos espasmos y sus cabellos, húmedos

por la transpiración, se pegaban a las sienes.

De pronto, le pareció que no estaba sola en la habitación. Abrió los ojos y recorrió con la vista lentamente el ámbito de la estancia. Repentinamente, sintió que el corazón se le paralizaba.

¡El ojo la miraba de nuevo desde la pared frontera!

Se sentó en el lecho de golpe, estrujando las sábanas con las manos. Sus dientes castañeteaban audiblemente. Tenía ganas de gritar, pero se daba cuenta de que no tenía fuerzas suficientes para emitir el menor sonido.

De pronto, los párpados del ojo se cerraron lentamente, juntándose en un monstruoso guiño. La imagen del ojo desapareció un segundo, para reaparecer de nuevo al poco.

El brillo de la pupila osciló ligeramente. Temblando de miedo, Maxence realizó un esfuerzo y saltó del lecho, con ánimo de dirigirse hacia la pared donde veía lucir aquel ojo infernal. Dio dos pasos, y en el mismo instante, el ojo desapareció.

Maxence corrió hacia la pared. En la penumbra de la estancia, no reparó que una silla le salía al paso. Tropezó y cayó lanzando un agudo grito. Su frente chocó de repente contra algo muy duro.

CAPÍTULO VI

Al retirar las redes, los pescadores capturaron una pieza inédita hasta entonces para ellos: el cuerpo de un hombre en avanzado estado de descomposición y con muchas partes de su organismo comidas por los peces.

Los pescadores regresaron inmediatamente a puerto y dieron cuenta a la policía de su macabro hallazgo. La policía de Bideford, en la bahía de Barnstaple, empezó a trabajar en el acto.

Como consecuencia de ello, el inspector Mulrooney, de Scotland Yard, recibió dos días más tarde unas fotografías nada agradables de contemplar, junto con unas tarjetas dactiloscópicas con las huellas del muerto. Los peces habían respetado la mayor parte de los dedos del cadáver, gracias a lo cual, la policía de Bideford esperaba de Scotland Yard la cooperación necesaria para establecer la identidad del hombre capturado por la red de pesca, caso de que sus huellas estuvieran registradas en sus archivos.

El sujeto había dejado rastro en el Yard. En pocos momentos, el inspector Mulrooney conoció la identidad del muerto.

Una vez hubo recibido el informe correspondiente y tras unos momentos de reflexión, tocó un timbre. Una auxiliar penetró en la estancia y el inspector le dio determinada orden.

Como consecuencia de la orden, dos horas más tarde, Mulrooney tenía ante sí a un sujeto de desagradable aspecto, pese a lo atildado de su vestimenta. Era un hombre de treinta y cinco años de edad, de mediana estatura, delgado como un estoque, de ojos vivos y penetrantes y facciones tan blancas como una cuartilla de papel de escribir, motivo por el cual la gente del hampa le había dado un apodo que surgía apenas vista su cara: «El Pálido».

Mulrooney indicó con la mano una silla frente a la mesa.

—Siéntate, Jack —dijo—. Tenemos que hablar.

El maleante obedeció.

—¿Sobre qué, inspector? Ahora no puede acusarme de nada, estoy «limpio».

—Lo sé, lo sé, aunque no desespero de reunir algún día las pruebas necesarias para enviarte a Dartmoor para una decenita de años. Pero no es de tus actividades de las que quiero hablar, sino de las de uno de tus compinches.

—¡A mí, que me registren! —dijo chulescamente el sujeto—. Yo...

—No me emplees ese tono, Jack —ordenó el inspector—. Escucha y responde: ¿Dónde está ahora Teddy Wexley?

Jack «El Pálido» se quedó parado.

—¿Teddy Wexley? —repitió.

—El mismo. Es un buen amigo tuyo, ¿no?

Sonó un carraspeo. Jack «El Pálido» trataba de aclararse la voz.

—Hace tiempo que no sé de él.

—¿Cuánto?

—Una semana. Dos, tal vez.

—Wexley no era muy amigo de vivir fuera de Londres. ¿Por qué fue a Bideford?

—¿Bideford? ¿Dónde diablos está eso?

—Es una pequeña ciudad de la costa norte de Cornualles. A cuarenta millas de Dartmoor. Supongo que sí sabrás dónde está Dartmoor.

Jack «El Pálido» contuvo una interjección. Desde luego, conocía muy bien Dartmoor, en cuyo terrorífico penal había estado él durante tres años.

—¿Qué tiene eso que ver con Teddy Wexley?

—Oh —dijo el inspector volublemente— sólo hasta cierto punto, puesto que Teddy era amigo tuyo. Me entró la curiosidad de saber los motivos que os impulsaron a separaros.

—Yo no tengo por qué andar cuidando a cada momento de mis amigos —refunfuñó el maleante—. Si Wexley quiso irse a Bideford, allá él. ¿Qué le pasa? —inquirió con curiosidad.

—Ahora, ya, nada. Le pasó.

Jack «El Pálido» entrecerró los párpados.

—Le pasó —dijo—. ¿Acaso...?

Mulrooney movió lentamente la cabeza, de arriba abajo.

—Alguien se enfadó con él y le puso una corbata de cáñamo. No el funcionario de Su Majestad, especialmente encargado de ello, por supuesto, sino alguien a quien debía disgustarle la fea cara de tu amigo Teddy Wexley.

—¡Lo ahorcaron! —explotó Jack «El Pálido».

—Y luego lo arrojaron al mar. —Mulrooney volvió de repente las fotografías del cadáver, que había tenido hasta entonces boca abajo, y se las pasó al maleante—. Mira cómo ha quedado tu amigo después de una semana de inmersión en el mar.

El maleante hizo un gesto de desagrado. Realmente, el aspecto del cadáver era verdaderamente espantoso.

—Quite eso de ahí, inspector —dijo, sintiendo una terrible náusea.

Mulrooney recobró las fotografías.

—Lo hemos identificado por las huellas dactilares. ¿Tienes tú alguna idea de quién puede haberlo asesinado?

—En absoluto, inspector.

Mulrooney miró fijamente a su interlocutor.

—No me engañes, Jack; sería para ti mucho peor.

—Le estoy diciendo la verdad —contestó el sujeto envaradamente.

—¿Qué hacía Wexley en Bideford?

—Eso no es cuenta mía. No iba a andar siguiéndole los pasos a todas horas, ¿verdad?

—¿Tenía algún familiar en aquella localidad?

Jack «El Pálido» se encogió de hombros.

—¡Yo qué sé! —barbotó de mal talante.

—¿Tienes idea de alguien que pudiera guardarle algún resentimiento?

—¿Tan lejos de Londres?

—El cuerpo apareció flotando en aguas de la bahía de Barnstaple —insistió el policía.

—Se lo repito, inspector; no sé nada de ese asunto. Teddy se marchó hace una o dos semanas, no recuerdo exactamente el tiempo. Desde entonces, no he vuelto a saber nada de él. Ésta es la primera noticia y, como puede comprender, nada agradable.

Mulrooney suspiró.

—Es cierto, Jack —convino—. De todas formas, estoy haciendo un favor a la policía de Bideford y creí que tú podrías ayudarme en algo.

Jack «El Pálido» hizo una mueca.

—Ni idea, inspector.

—Muy bien. Eso es todo, Jack. Puedes irte.

El maleante se puso en pie.

—Teddy era mi amigo, inspector. Avísame cuando hayan capturado al asesino.

—¿Irás a tirarle piedras al calabozo? —ironizó el policía.

—No, pero me gustará asistir al juicio.

—Vete tranquilo. Te avisaré en cuanto sepa algo. Adiós, Jack.

—Adiós, inspector.

Cuando el maleante hubo salido del despacho, Mulrooney tocó una tecla del interfono.

—¿Sargento Portland?

—A sus órdenes, inspector —contestó alguien desde el otro lado del aparato.

—Jack «El Pálido» acaba de salir de mi oficina, sargento. Síglele e infórmeme de sus menores pasos.

—Sí, señor.

El inspector Mulrooney permaneció en su despacho hasta recibir varias horas más tarde una llamada telefónica de su subordinado.

—Jack «El Pálido» ha sacado un billete para Exeter —informó el sargento Portland—. Va acompañado de un compinche suyo. Pete Cross. ¿Desea que los siga, señor?

Mulrooney reflexionó rápidamente.

—No, muchas gracias, sargento. Cerciórese únicamente de que toman el tren. Eso es todo.

A continuación, el inspector colgó el teléfono. Después se levantó y se acercó al muro frontero, donde, pendiente de la pared, había un gran mapa del país. Cruzó las manos detrás de la espalda y estuvo calculando las posibilidades que tenía Jack «El Pálido» para llegar a Magshowter.

Al cabo de un rato, regresó a la mesa y tocó una tecla del interfono:

—Señorita Hudness, hágame el favor. Deseo enviar un telegrama.

—Ahora mismo, inspector —contestó la mecanógrafa.

El doctor Braxton salió del dormitorio de Maxence.

—¿Cómo la encuentra usted, doctor? —preguntó Lyme ávidamente.

—Ahora duerme tranquilamente. Le he puesto una inyección sedante y descansará unas horas.

—Pero..., ¿respecto a lo otro?

Braxton lanzó un suspiro.

—No me gustaría aventurar una opinión prematura, pero si esto sigue así, deberán consultar con un especialista. No olvide que yo practico simplemente la medicina general y, aunque no desconozco, naturalmente, los fundamentos de la moderna siquiatria, soy solamente un médico de aldea.

—Ella dice que ayer le atacaron los perros. Por la noche, volvió a ver el ojo que la miraba en la oscuridad. Eso son alucinaciones, ¿no, doctor?

—Cuando no se trata de cosas reales, solemos llamarlas de ese modo, por supuesto. Entonces, la mente sobreexcitada confunde las visiones con la realidad.

—¡Es terrible, terrible! —exclamó Lyme—. Desde que murieron sus padres, esta pobre muchacha no ha dado pie con bola, hablando vulgarmente. ¡Cómo me gustaría poder ayudarla, doctor!

—Tendrán que recurrir a los servicios de un buen siquiatra, se lo recomiendo muy sinceramente.

—Pero... ella dice que no está loca, que todo lo que ha visto es verdad.

—Nadie dice que esté loca, aunque sí tiene la mente muy debilitada y pudiera llegar, si el estado actual de cosas no se modifica, a perder por completo su estabilidad síquica. Parece que el tratamiento que recomendé no ha dado resultado —se lamentó el médico.

—Nosotros hicimos todo lo que pudimos —manifestó Lyme.

—Claro, ya me lo supongo. En fin, procuren seguir mis indicaciones, pero si su estado empeora, no tendrán otro remedio que recurrir a manos mejores que las mías.

—Lo malo será convencerla de ir a Londres. No quiere volver allí por nada del mundo, doctor.

—Haga que venga el siquiatra a visitarla. Finja que es un amigo

suyo. Los siquiатras son muy hábiles en explorar a una persona, sin dejar ver su verdadera condición.

Lyme sonrió.

—Tendremos que utilizar ese recurso, por supuesto. De todas formas, prefiero esperar unos días más.

—Sí, claro. Está bien, señor Lyme, usted sabrá disculparme. Ahora tengo trabajo.

—No faltaría más, doctor —dijo Lyme, cortésmente.

Al quedarse solo, Lyme se dirigió a la cocina. Abrió un armario y sacó una botella, de la cual se sirvió una buena medida.

—¿Qué dice el matasanos? —preguntó Jeanne.

—Hay que llamar a un siquiатra.

—¿Un siquiатra? Eso sería peligroso, Rod.

—En las actuales circunstancias, sí, por supuesto. Por eso le he dicho al médico, y él ha convenido conmigo, en que debemos esperar aún algunos días más. Hasta que la cosa no tenga ya remedio —concluyó Lyme, bebiéndose el licor de un solo trago.

—Y entonces, claro, el siquiатra recomendará que la internemos en un manicomio.

Los ojos de Lyme refulgieron de modo espectacular.

—Exactamente, querida.

—¿Y yo, qué? —dijo en aquel momento una voz.

Los dos cómplices se volvieron a un tiempo. Carl estaba apoyado por la parte de afuera, en el antepecho de una de las ventanas de la cocina y sonreía cínicamente.

—Tú tendrás la parte convenida cuando todo haya terminado —contestó Lyme secamente.

—Supongo que no me pagarás de la misma forma que a Wexley, ¿verdad?

La mano de Lyme se crispó en torno al vaso.

—¿Qué es lo que estás insinuando, Carl?

El sujeto exhaló una sarcástica carcajada.

—¿Piensas que soy tonto, Rod? ¿Cuánto dijiste que me tocaría en el momento del reparto?

—El veinticinco por ciento. Eso fue lo que acordamos —respondió Lyme envaradamente.

—Ahora será el cincuenta, Rod.

—¡El cincuenta! —dijo Lyme explosivamente.

—Así es. El cincuenta por ciento, ni un chelín menos de la mitad de esas cien mil libras que el difunto señor Lyme dejó en el Banco.

Los dientes del asesino crujieron.

—¡Cincuenta mil libras! ¡Veinticinco mil y ya es suficiente, Carl! Carl meneó la cabeza.

—¡Ta, ta! —dijo—. Creo que no te agradaría mucho que la policía se enterase de la suerte que corrió un tal Teddy Wexley, ¿verdad?

—Wexley regresó a Londres una vez hubo desempeñado su papel —protestó Lyme.

—¿Nadando? —rió Carl irónicamente—. No seas tonto, Rod. Lo vi todo, ¿sabes? De modo que no me vengas con historias. Cuando hayas conseguido lo que deseas me entregarás cincuenta mil libras esterlinas, así —movió las manos significativamente— una tras otra. ¿Entendido?

Lyme volvió los ojos hacia Jeanne. El rostro de la mujer aparecía impasible.

—¿Qué dices tú a ello, Jeanne?

—Eres tú quien ha de resolver todo —respondió ella, con voz neutra.

Lyme inspiró hondamente.

—Conforme —aceptó al cabo—. Cincuenta mil. Pero con una condición.

—¿Cuál? —preguntó Carl.

—Que tienes que representar de nuevo el papel del ahorcado en las ruinas.

Carl soltó una maldición.

—Eso no...

—Entonces, avisa a la policía —dijo Lyme fríamente—. A mí me meterás en un buen lío, pero tú no verás entonces ni un solo penique de tus cincuenta mil libras.

Carl murmuró algo entre dientes.

—Está bien —rezongó—. ¿Cuándo?

—Ya te avisaré. Mientras tanto, sigue actuando normalmente, ¿entendido?

—De acuerdo.

Lyme dirigió una rápida mirada hacia Jeanne. Luego, bruscamente, dio media vuelta y abandonó la cocina.

Al quedarse solos, Carl rodeó la ventana y penetró en la casa. Sus brazos rodearon ávidamente el carnoso talle de la mujer.

—Cuando ese idiota haya conseguido sus propósitos —dijo, sonriendo satánicamente— tú y yo...

Los labios de Jeanne se distendieron en una amplia sonrisa.

—Tú y yo, los dos solos, ¿verdad?

—Y cien mil libras para divertimos, ¿qué te parece? —murmuró Carl, al tiempo de inclinarse para besar los labios de la falsa sirvienta. Se hubiera espantado de conocer cuáles eran los verdaderos pensamientos de Jeanne.

CAPÍTULO VII

Un tímido rayo de sol atravesó las nubes y aclaró ligeramente el pesado ambiente. Sintióse un poco más confortada, Maxence desayunó con relativo buen apetito, y después de ello, anunció su deseo de ir a dar un paseo hasta las ruinas.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó su tío, solícito.

—Gracias —respondió ella, poniéndose en pie—. Deseo ir sola.

—Muy bien, a tu gusto. Abrígate bien, de todas formas; aunque parece que el sol quiere salir, aún hace bastante frío.

—Sí —dijo ella con voz inexpresiva.

En el vestíbulo se puso el chaquetón y se cubrió la cabeza con un pañuelo. Luego salió de la casa, estremeciéndose vivamente al escuchar los aullidos de los perros. Apretó el paso y ten pocos momentos se alejó del edificio lo suficiente como para no escuchar aquel horrible ruido.

En diez minutos alcanzó las ruinas de la vieja aba día. Deteniéndose junto a la entrada del claustro, miró detenidamente en todas direcciones. Pese a lo que aseguraba su tío, ella poseía la plena convicción de que había visto realmente el hombre colgado de una cuerda por el cuello. ¿Acaso no había sentido en su frente el macabro roce de sus pies?

Pero no pudo encontrar el menor rastro que apoyara sus suposiciones, pese a que se recorrió palmo a palmo el interior del claustro, por los bordes. De repente, cuando menos lo esperaba, oyó una voz que parecía surgir de las profundidades de la tierra.

—¿Eh? ¿Quién hay por ahí arriba?

Despavorida, la muchacha dio un salto hacia atrás. Miró en todas direcciones, sin conseguir ver otra cosa que malezas y algunas losas que sobresalían de entre los hierbajos. Bruscamente, una

cabeza asomó a ras del suelo, en el centro del claustro.

—¡Señorita Lyme!

Los ojos de Maxence se dilataron por el asombro.

—¡Señor Alderness! —exclamó, atónita—. ¿Qué hace usted ahí?

El joven sonrió. Apoyándose con las manos en el suelo, saltó afuera y se acercó a la muchacha.

—La he asustado, ¿verdad? Dispénsame, pero oí ruido de pasos y... —Se frotó las manos en la cadera y alargó una hacia la joven—. Me alegro de volver a verla de nuevo, señorita Lyme. ¿Cómo se encuentra?

—Mucho mejor que días atrás, gracias —sonrió ella. Estaba muy pálida, pero a Alderness le pareció soberanamente atractiva—. ¿Sería demasiada curiosidad preguntarle qué hacía aquí abajo?

—Pues... ya sabe que ando preparando mi tesis y vine aquí para estudiar las ruinas. Estaba explorando el claustro, cuando de repente el suelo falló bajo mis pies y..., ¿pero por qué no viene a ver conmigo lo que he encontrado? Acérquese sin miedo, se lo ruego.

Maxence siguió al joven, descubriendo con gran asombro un negro agujero circular, de metro y medio de diámetro, casi completamente oculto por las malezas. Alderness se agachó y arrancó unos cuantos matojos, a fin de dejar más espacio para entrar en aquella oscuridad.

Alderness se sentó en el suelo y luego se dejó caer adentro, quedando con los hombros a ras de la abertura. Levantó los brazos.

—Haga lo mismo que yo, señorita Lyme.

La joven accedió, encontrándose entonces en el principio de una escalera de piedra que adentraba en las profundidades del subsuelo. Al pie de la misma, divisó un leve resplandor.

—Es mi lámpara —dijo él. Tomó su mano con gesto enteramente natural y añadió—. Sígame sin miedo, se lo suplico.

El firme contacto de la mano del joven infundió a Maxence una confianza como nunca había sentido hasta entonces. Lentamente, con grandes precauciones, pues los peldaños de la escalera se hallaban en pésimo estado, descendieron hasta alcanzar el final de la misma, a varios metros bajo la superficie.

Al llegar al término de la escalera, Maxence se encontró en una vasta estancia de forma exagonal, en cuyos muros de piedra se

veían distintas losas con inscripciones en latín. La luz del farol de petróleo que había traído Alderness arrojaba una luz espectral sobre el lugar.

—¡Qué sitio tan tétrico! —murmuró Maxence, impresionada a su pesar.

—Debe tratarse de alguna cripta funeraria... y también de algo peor. Venga.

Una de las tumbas estaba abierta, parcialmente. Alderness condujo a la muchacha hasta las proximidades de la misma. Maxence lanzó un grito al ver el esqueleto humano que había en el interior de la sepultura.

—¡Qué horrible! —exclamó, sin poder contenerse.

Pero lo verdaderamente espeluznante, era el aro de hierro que el esqueleto tenía en torno a su cintura, del cual partía una cadena del mismo metal —aro y eslabones estaban completamente oxidados por el paso del tiempo—, la cual iba a parar a una gruesa anilla empotrada en el lado opuesto de la tumba.

—Parece como si lo hubieran enterrado vivo.

—Así debió suceder —concordó Alderness con grave acento—. Pero ello debió ocurrir hace centenares de años. Sólo Dios sabe el horrible delito que cometió este desdichado para sufrir un castigo tan bárbaro. Sepultado en vida, encadenado a la pared, murió de hambre y sed, sin que nadie escuchara sus gritos.

—¡Qué espanto! —murmuró Maxence—. ¿Cómo lo descubrió usted?

—Ya le dije que estaba a punto de caer dentro de la cripta. Eso sucedió ayer por la tarde, y aunque descendí luego, sólo disponía de unos fósforos. En consecuencia, me he provisto de algunos útiles para examinar mejor el interior de este subterráneo.

Alderness señaló un pico y una pala, además de una barra de hierro, útiles que yacían sobre el suelo enlosado de la cripta.

—¿Piensa abrir todas las tumbas? —preguntó la muchacha, estremecida.

—Oh, no; sólo ensanché el orificio que había en ésta. El mismo que dejaron cuando sepultaron vivo al desdichado. —Alderness lanzó una mirada circular—. No me gusta turbar la paz de los muertos.

—Este lugar impresiona —dijo la muchacha.

—Sí, tiene usted razón. Quizá no he debido obligarle a bajar. Usted no parece encontrarse muy bien, ¿verdad? —preguntó Alderness con cierta solicitud.

Maxence se pasó una mano por la frente.

—No... no me encuentro muy bien estos días —dijo.

—¿Quizá la caída del otro día? —inquirió el joven.

—Sí. Me impresioné mucho, la verdad. Más que de aquellos instantes... después, cuando recordé el peligro tan grave que había corrido.

—Acaso aquello le haya producido pesadillas durante su sueño —aventuró Alderness.

Maxence le miró fijamente.

—Sí —dijo, un tanto intrigada. ¿Sabía algo aquel joven?

—Cuestión de consultar con un buen siquiatra. ¿Por qué no lo hace usted?

—¿Un siquiatra? Oh, no es necesario. Ya se pasará.

Maxence calló. Hubo una pequeña pausa, un tanto violenta.

—¿Vive usted habitualmente en la casa del páramo, señorita Lyme?

—No. Estoy pasando una temporada solamente. Mi... mis padres murieron hace poco y mi tío Roderick juzgó oportuno traerme aquí un tiempo.

—El lugar no es el más agradable para olvidar un dolor observó él.

Maxence hizo un gesto de indiferencia.

—¿Y dónde podría ir? No tengo otro... y continuar viviendo en Londres se me hacía insoportable.

—Usted es joven. Pronto conseguirá restablecerse —expresó Alderness con brillante sonrisa. Empezó a recoger sus efectos—. Será mejor que salgamos de aquí.

—¿No se queda usted a continuar sus trabajos?

—Regresaré mañana. Quiero traer mi cámara con el *flash* para obtener unas cuantas fotografías de las tumbas. Luego limpiaré bien las inscripciones y volveré a fotografiarlas. Así tendré el antes y después. Entonces, me dedicaré a descifrar los grabados. Esto me servirá mucho para mi tesis, créame, señorita Lyme.

—¿La expondrá en público? Si es así, me gustaría acudir. Es decir, si a usted no le importa.

Alderness se inclinó gravemente.

—Todo lo contrario; me sentiré honrado y agradecido de contarla entre mi auditorio.

Salieron de la cripta. Charlaron aún durante unos momentos y luego se despidieron. Maxence emprendió el camino de regreso volviéndose una o dos veces para agitar la mano en señal de despedida, gesto que fue correspondido por el joven.

Durante el resto del día, la joven se sintió notablemente confortada, alejada por completo de los temores y aprensiones que se habían enseñoreado de su espíritu las semanas precedentes. ¿Era por la presencia de Clinton Alderness en Magshowter? El caso fue que estuvo aguardando con impaciencia la llegada del día siguiente y en cuanto terminó de desayunar, salió casi corriendo hacia las minas.

La cripta había dejado de impresionarla. Estuvo largo rato con el joven, presenciando sus trabajos y aun ayudándole en ellos. Cerca ya del mediodía, se separaron.

—¿Volverá usted mañana? —preguntó ella ansiosamente.

—Claro que sí. Limpiar bien las lápidas funerarias es una labor que exige bastante tiempo y, sobre todo, mucho cuidado. Si quiero presentar una tesis aceptable, he de esmerarme todo lo posible.

Impulsivamente, Maxence alargó su mano.

—Entonces, hasta mañana. Considéreme su ayudante, señor Alderness. ¿O debo darle el tratamiento de profesor?

—¿Por qué no me llama Clint, sencillamente, como hacen todas mis amistades? Es más cómodo y menos protocolario, ¿no cree? —sugirió él, sonriendo.

—Mi nombre es Maxence —respondió ella, con las mejillas levemente teñidas de carmín—. Hasta mañana, Clint —se despidió.

—Hasta mañana, Maxence.

Una o dos veces se volvieron ambos simultáneamente, para saludarse desde lejos con la mano. Luego las ondulaciones del páramo les hicieron perderse de vista.

Roderick Lyme frunció el ceño.

—¿A dónde irá esta chica tan deprisa? —dijo.

Jeanne estaba a su lado.

—Está loca —dijo despectivamente.

—Eso es lo que queremos, pero todavía tiene la cabeza muy

firme sobre los hombros. Fíjate cómo camina; casi podría decirse que corre. ¿Qué estará buscando en las ruinas?

—¿Por qué no lo averiguas tú? —preguntó la mujer.

La figura de Maxence se empequeñecía rápidamente.

—No quisiera ser visto —dijo Lyme reflexivamente.

—Éste es el cuarto día —dijo— que sale corriendo hacia las ruinas de la abadía. ¿Por qué tantas prisas?

El suelo hacía una ligerísima pendiente, de tal modo que las ruinas quedaban un poco en alto con respecto al casón. Los muros y arcos arruinados se divisaban perfectamente desde aquel punto, así como la torre semiderruida, pero no el suelo del claustro.

Rápidamente, Lyme llegó a una decisión. Subió al piso alto y tomó unos prismáticos de su habitación. Luego, por una angosta escalera que se retorció varias veces, llegó al tejado.

Una vez en el exterior, enfocó los prismáticos hacia las ruinas. Maxence atravesaba en aquellos momentos la gran portalada del claustro.

A través del instrumento óptico Lyme pudo divisar un hombre que se acercaba a la muchacha. Maxence y el sujeto se estrecharon las manos con simpatía. Lyme les vio hablar, aunque, naturalmente, no pudo entender el tema del diálogo. Luego vio que caminaban unos pasos y que, de repente, el uno tras el otro, desaparecían en el interior de la tierra.

Profundamente preocupado, bajó a la cocina, en donde Jeanne, rezongando entre dientes, se disponía a preparar la comida del mediodía.

—¿Qué has visto, Rod? —preguntó la mujer, interesadamente.

—Maxence se encuentra con un hombre.

Joanne alzó los ojos con gesto vivo.

—¿Quién es?

—No estoy muy seguro, aunque me parece el profesor que conocimos el otro día.

—Eso no me gusta un pelo, Rod —gruñó la mujer.

—Tampoco a mí, preciso es convenir en ello —murmuró Lyme, sumamente preocupado.

Jeanne soltó el cuchillo con que pelaba las patatas y se limpió las manos en el delantal.

—Rod, es preciso tomar una decisión. Y pronto. Ya empiezo a

cansarme de aguardar tanto, ¿comprendes?

—¿Quieres que la degüelle? —barbotó el individuo coléricamente—. Sería una imprudencia.

—Pero tendríamos las cien mil libras. Y si lo hicieras bien, nadie podría sospechar de ti.

—Prefiero el otro método —gruñó Lyme—. Es más lento, y también más seguro...

—Pues a este paso... —dijo Jeanne con soma.

Lyme tomó rápidamente una decisión. Acercóse a la puerta de la cocina y la abrió de golpe.

—¡Carl!

El aludido compareció momentos después.

—¿Sí? —dijo desganadamente.

—Esta noche —ordenó Lyme.

—Bueno. Pero cincuenta mil o moveré el pico, ¿estamos?

—Conforme. Lo que quieras. Lo único que deseo es que lo hagas bien, Carl.

—Descuida. ¿Dónde? ¿En las ruinas, como la otra vez?

—No. Hazlo en el roble que hay frente a la ventana de su dormitorio. A la medianoche.

—¿Y cómo llamarás su atención?

—Tú haz tu parte y deja el resto de la mía —rezongó Lyme—. Anda a preparar todo.

—Está bien. —Carl se retiró, no sin antes lanzar una codiciosa mirada hacia la opulenta Jeanne. Ésta le hizo un rápido guiño, cosa que provocó en Carl un desbordamiento de sus sueños más optimistas.

CAPÍTULO VIII

El tiempo parecía haber mejorado notablemente y, como consecuencia de ello, las nubes habían desapareando casi por completo del cielo. No obstante, soplaban un viento fresco, que traía sobre el páramo olor a yodo y a algas marinas.

La luna, en creciente, iluminaba el campo con su luz pálida. De cuando en cuando, alguna nube, arrastrada por el viento, se situaba delante del satélite, envolviendo a la tierra en la más completa oscuridad. Pero a los pocos momentos, la nube se alejaba y volvía la luz.

Una sombra se acercó a la tapia que circunvalaba la casa. Alderness saltó la tapia y se acercó al edificio lentamente, caminando de árbol en árbol, procurando no ser divisado desde alguna de las ventanas, en una o dos de las cuales se divisaba luz todavía, pese a lo avanzado de la hora. Súbitamente, los perros rompieron a aullar.

Alderness se estremeció. Los ladridos de los canes infundían espanto. Pero ya iba prevenido contra semejante contingencia.

Da pronto, una puerta se abrió en la planta y un chorro de luz brotó al exterior. Sonó una voz:

—¡A callar, «Titán», «Dragón»!

Los perros gruñeron, descontentos, pero acabaron obedeciendo a su amo. La puerta se cerró y la oscuridad volvió al patio.

Guiado por el ruido de los perros, Alderness se acercó al lugar donde se guarecían los animales durante la noche. Los colmillos de las bestias entrechocaron con siniestros chasquidos.

Uno de los canes gruñó sordamente, olfateando la presencia de una persona ajena a la casa. Alderness detuvo sus pasos y desenvolvió un paquete que, llevaba envuelto en un trozo de tela de

plástico.

El paquete consistía en dos grandes trozos de carne picada. Cada trozo había sido mezclado con unas cuantas tabletas de barbitúrico, finalmente pulverizadas, hasta constituir un todo homogéneo con la carne. Poco a poco el joven se acercó hasta situarse a unos pasos de la perrera. Luego lanzó los trozos de carne, sobre los cuales se abalanzaron las bestias con furiosa avidez.

Alderness aguardó oculto tras una de las paredes, hasta que los canes hubieron terminado su banquete. Al cabo de un momento, oyó el rumor de dos cuerpos que se desplomaban al suelo.

Respiró satisfecho. Su truco había dado resultado.

Los canes no le molestarían en el resto de la noche. Ahora podía dedicarse tranquilamente a observar, sin temor a ser sorprendido.

Buscó un lugar adecuado y se dispuso a dejar pasar el tiempo, guarecido detrás del tronco de un añejo roble.

Empezaba ya a desesperar de que no ocurriese nada aquella noche, cuando, de repente, salió un hombre de la casa.

El sujeto era bajo y rechoncho. Llevaba un objeto en la mano, cuya utilidad no supo discernir el joven por el momento. Súbitamente, se percató de que el sujeto se acercaba al mismo árbol en que se encontraba.

Contuvo el aliento para no ser descubierto. Carl llegó junto al árbol y lanzó una cuerda por encima de la rama más gruesa. Luego se dirigió a uno de los cobertizos, del cual volvió a poco con una escalera portátil, que apoyó en la horquilla del roble. Alderness presenciaba aquellas operaciones terriblemente interesado, aunque procurando, de momento, no hacer patente su presencia en aquel lugar.

Carl estuvo trabajando durante unos minutos. Luego trepó a la escalera y, de golpe, se arrojó al vacío, quedando suspendido por una cuerda, de la cual se balanceó con todo el aspecto de un ahorcado.

Alderness estuvo tentado de intervenir en el primer momento, pero supo contenerse, sabiendo que lo que ocurría no era sino una burda farsa, destinada a engañar a una mujer débil. Esperó pacientemente a que se produjese el resto de los acontecimientos.

Una luz se encendió de pronto en la casa, iluminando de lleno al fingido ahorcado. Casi en el mismo instante sonó un grito

agudísimo.

El joven crispó los puños imaginándose los padecimientos de Maxence. Pero no podía intervenir, aún era prematuro. Lo quisiera o no, le resultaba imposible forzar los acontecimientos.

Una voz sonó de pronto en el interior de la casa.

—Ya puedes bajar, Carl.

Alderness percibió claramente los forcejos del sujeto con las cuerdas. Carl soltó una interjección.

—Maldita sea —gruñó—. Este nudo está demasiado bien hecho.

Y levantó la voz.

—Ven a ayudarme, Rod, yo solo no puedo soltarme.

—Espera un minuto. Estoy atendiendo a la chica.

—Bueno, pero date prisa. Condenación, esta postura es la mar de incómoda.

Alderness juzgó que ya había visto bastante por aquella noche. Sigilosamente, pisando de puntillas, giró sobre sus talones y se alejó. Si Roderick Lyme iba a ayudar a su compinche, corría el riesgo de ser descubierto. Y debía mantener secreta su presencia en aquel lugar a toda costa.

Una vez hubo atravesado la tapia, se lanzó a la carrera hacia la aldea. Mientras tanto, Lyme salía de la casa y se acercaba al roble.

—¿Cómo está la pájara? —preguntó el falso ahorcado.

Lyme soltó una brutal risita.

—Cayó redonda en cuanto te vio colgado de la rama.

—Bueno, que se fastidie —rezongó Carl de mal talante, pues la cuerda que le sujetaba por los sobacos le molestaba bastante, aparte del roce de la otra en su garganta. El contacto del cáñamo era desagradablemente áspero—. Bueno, date prisa, rayos. Estoy muy incómodo.

—Aguarda un momento. —Lyme trepó por la escalera y se puso a caballo sobre la rama, inclinándose hacia adelante—. Esto, ¿cómo funciona, Carl? —preguntó.

—La cuerda pasa primero por debajo de los sobacos y este lazo es el que mantiene la tensión. El otro, el que rodea el cuello, está flojo, y es solamente para aparentar.

—Entiendo. Un bonito truco, ¿eh? ¿Cómo se te ocurrió, Carl?

—Lo vi una vez en el teatro.

Lyme pasó la mano por la cuerda, hasta llegar al nudo que fingía

el lazo corredizo.

—Vamos, corta la cuerda ya de una vez —gruñó Carl.

—Sí, aguarda. —Lyme sacó de su bolsillo una navaja con resorte, de hoja tremendamente afilada. Súbitamente preguntó—. Carl, ¿qué ocurriría si cortase el trozo de cuerda que pasa por debajo de tus sobacos?

—Pues que me ahorcaría de veras... ¡Eh! —aulló el sujeto, repentinamente asustado—. ¡Rod! ¿Tú no irás a hacerme semejante cosa?, ¿verdad?

—¿Y por qué no? —dijo Lyme fríamente—. ¿Te parece que me hace mucha gracia darte cincuenta mil libras sólo por una representación teatral?

Carl lanzó un grito de espanto.

—Rod, por lo que más quieras, no hagas eso. —Pataleó frenéticamente, al mismo tiempo que levantaba las manos sobre su cabeza, buscando agarrarse a la cuerda. Pero la postura era terriblemente incómoda y los dedos carecían de fuerza para sostener bien su cuerpo, aunque sí consiguieron aliviar en parte la tensión causada por su propio peso. Volvió a gritar, pidiendo compasión—. Rod. Olvida todo, no quiero ningún dinero. Las cincuenta mil libras que me tocan, te las doy... todas...

—Es tarde ya. Luego podrías arrepentirte y...

La mano de Lyme había encontrado el primer lazo y lo estaba cortando con la navaja, mientras Carl pataleaba frenéticamente, a la vez que aullaba como un poseso. Sin hacer el menor caso de sus alaridos, Lyme siguió moviendo la navaja hasta cortar la cuerda.

El cuello de Carl sufrió un terrible estrechón. Pero las manos sostenían aún parcialmente el peso del cuerpo. Con horrible sadismo, Lyme empezó a pincharle en los dedos con la navaja, sin hacer caso de los horrendos e inarticulados sonidos que brotaban de la garganta del desdichado. De pronto, las manos de Carl fallaron.

Lyme permaneció en lo alto de la rama, hasta que todos los movimientos de Carl hubieron cesado por completo. Entonces cortó la cuerda y el cadáver cayó al suelo.

Bajó por la escalera. Una voz sonó a su lado, fría, desapasionada, inexpresiva.

—¿Está muerto?

Lyme pegó un respingo.

—¡Condenación! Me has asustado, Jeanne.

La mujer soltó una risita.

—¿Pensaste acaso que era un fantasma?

Lyme se limpió con la manga el abundante sudor que cubría su frente. Rezongó algo entre dientes y preguntó:

—¿Cómo sigue Maxence?

—Bien. Duerme apaciblemente. —Jeanne no parecía inmutarse en absoluto por el cadáver que yacía a sus pies—. Has querido ahorrarte cincuenta mil libras, ¿eh?

Lyme rió cínicamente.

—Nos hemos ahorrado cincuenta mil libras, querida. Creo que eso no te habrá desagradado demasiado, ¿verdad?

Ella rió también.

—Claro. —«Cuando todo esté listo, serán cien mil... para mí sola», pensó—. ¿Qué harás con el cuerpo de Carl, Rod?

—Esta noche lo dejaré en el cobertizo, debajo de un montón de paja. Mañana pensaré algo. —Sacó de su bolsillo una pequeña linterna y se la entregó a la mujer—. Alúmbrame, ¿quieres?

Jeanne encendió la lamparita. Lyme agarró el cadáver por los pies y lo arrastró hasta el cobertizo cercano. De pronto, tropezó con algo y cayó de espaldas, a la vez que soltaba una maldición.

Se puso en pie, tambaleándose mecánicamente.

—¿Qué diablos hay...?

—Los perros, Rod —dijo la sirvienta con acento de terror.

Lyme arrebató la lámpara. Arrodillóse en el suelo y alumbró a uno de los canes, observando que los flancos del animal se movían rítmicamente.

Enseguida comprendió lo que sucedía. Levantó los ojos y, espantado, cruzó la mirada con la de Jeanne.

—No están muertos. Sólo narcotizados.

—¡Narcotizados! —El tono de Jeanne era de terror—. ¿Quién les propinó el soporífero?

Pero ésta era una pregunta a la cual Lyme no podía responder.

Rezongando entre dientes por haber sido levantado de la cama a una hora tan intempestiva, el doctor Braxton vino con la cafetera humeante en la mano y llenó dos tazas, en cuyo fondo había depositado previamente unas gotas de ron.

—Así que viste cómo el sujeto fingía el ahorcamiento —dijo.

Clint Alderness tomó un sorbo de café. Movi6 la cabeza afirmativamente.

—SÍ. Y ella lo vio y luego, supongo, debió desmayarse. ¿Por qué quieren hacerle perder la razón?

—Algún motivo muy poderoso deben de tener —expresó el médico, sorbiendo su café pensativamente—. Verás, yo te llamé, porque cuando él requirió mis servicios, entré en sospechas. Una mujer que ha visto morir a sus padres trágicamente, mejor dicho, los ha visto recién muertos, asesinada su madrastra y suicidado su padre, después de haber matado a aquélla, ¿por qué ha de soñar con ahorcados y ojos que la miran en la oscuridad? En ningún momento ha mencionado haber sufrido pesadillas relacionadas con el espantoso espectáculo que presenci6, aunque es probable que en la oscuridad, son las más frecuentes, y aun así, no las consideran pesadillas, sino alucinaciones.

—Sin contar —dijo Alderness reflexivamente— con el ataque de los perros, que la obligaron a guarecerse en el acantilado. Luego le han dicho, claro está, que los perros no se soltaron en toda la mañana, pero de no haber sido por su oportuna acción, la habrían destrozado a dentelladas.

—Ése fue un intento de asesinato fríamente calculado —dijo el médico—. ¿Qué cosa más natural que una perturbada atente contra su vida lanzándose por el acantilado?

Alderness terminó su café.

—Me gustaría saber tantas cosas —dijo, ligeramente desalentado—. Pero, sobre todo, ¿por qué quieren enloquecerla? Que es tanto como deshacerse de ella.

—¿Dejó bienes el señor Lyme?

—Hemos practicado una cuidadosa investigación y su fortuna no ascendía, en el momento del crimen, a más de mil ochocientas libras. Pero si no es por el dinero, y joyas valiosas no se les conocían, ¿por qué los mataron?

—¿Y cómo sabes que fue un crimen y que no ocurrió tal como se dice en la versión oficial de su muerte?

—Verás —dijo el joven—. Un hombre que dispara siete tiros contra su esposa a bocajarro y luego aprovecha la última bala para su propia sien, ha de mostrar forzosamente en el dorso de la mano alguna minúscula partícula de pólvora. Eso lo sabes tú muy bien,

como médico.

—Desde luego. ¿Tratas de sugerirme que la mano del padre de la señorita Lyme estaba completamente limpia?

Alderness movió la cabeza afirmativamente.

—Así como suena. De modo que él no pudo matar a su esposa y luego suicidarse, sino que lo hizo el asesino, el cual preparó luego todo hábilmente, a fin de hacernos obtener conclusiones erróneas.

—Que os hubieran parecido acertadas, a no ser por el examen de la mano del difunto señor Lyme.

—Ciertamente —convino el joven.

—Y... ¿es demasiada curiosidad por mi parte preguntarte si sospecháis de alguien en particular?

—Francamente, Tim, hasta ahora, no teníamos la menor idea de quién podría haber sido el autor de aquel doble crimen. En un principio llegamos a sospechar, es cierto, de Roderick Lyme, pero lo descartamos al observar su normal comportamiento. Después, cuando recibí tu carta contándome lo que pasaba, me enviaron para investigar. Las sospechas recaen ahora de nuevo sobre Lyme, es verdad.

—Pero sin pruebas... —murmuró el médico.

—Para eso estoy aquí, para encontrarlas y enviar a Lyme a Pentonville.

El médico se estremeció al oír el fatídico nombre de la prisión donde se ejecutan los criminales en Inglaterra.

—Dura pena, pero digno castigo para un crimen semejante.

—Suponiendo que lo haya cometido él.

—No me cabe la menor duda —afirmó el médico.

—Primero es preciso demostrarlo de modo incontrastable.

—Y..., ¿qué plan tienes por ahora?

El joven apretó los labios.

—No lo sé. Además, están a punto de surgir otras complicaciones.

—¿Qué complicaciones, Clint?

El joven sacó un papel de su bolsillo.

—Esta tarde he recibido un telegrama de mi jefe, el inspector Mulrooney. Me anuncia que dos conocidos maleantes, Jack, «El Pálido» y Pete Cross, se dirigen hacia aquí. ¿Qué tendrán que ver esos sujetos con Roderick Lyme?

El joven estaba muy preocupado, no tanto por Roderick Lyme, como por la propia Maxence.

CAPÍTULO IX

Clint Alderness acudió al otro día a las ruinas de la abadía y, aunque desempeñó su papel normalmente, no ocurrió nada de particular. Ni siquiera vino Maxence, cosa que, por otra parte, esperaba en cierto modo. Estuvo trabajando, sin demasiado ahínco, hasta cerca de las dos de la tarde, hora en que juzgó oportuno retirarse a Magshowter.

No le extrañó la ausencia de la joven, pero se prometió que si al día siguiente no acudía, él se acercaría a la casa para interesarse por su estado de salud. Sabía que durante este día, Maxence debía hallarse bajo los efectos de la visión del falso ahorcado y presentarse allí en aquellos momentos, habría resultado quizá contraproducente.

De buena gana le hubiera enviado una notita o le habría dicho personalmente que no había tales alucinaciones, sino que todo cuanto la muchacha había visto de horrible era cierto, pero quería que las cosas se desarrollaran, por el momento, según los planes de Roderick Lyme. Era preciso hallar las pruebas que demostrasen que el tío de la muchacha había cometido tan horrendo crimen, aun a costa de hacerla sufrir a ella un poco más.

Recogió todos sus bártulos y se dispuso a marchar. Desde el punto en que se encontraba, se divisaba el tejado de la casa y la chimenea, debido al ligero abombamiento del terreno. De pronto se le ocurrió una idea.

Abrió una bolsa de lona que llevaba y extrajo de la misma un par de prismáticos, dentro de una funda de cuero. Colgóse los gemelos del cuello y se dirigió a la torre desmochada que había en uno de los ángulos del conjunto de ruinas.

La puerta estaba casi atascada por las malezas y las piedras que

habían ido cayendo de la parte superior en el transcurso de los siglos. Arrastrándose como pudo, Alderness franqueó el umbral y emprendió la ascensión por una vieja escalera de losas de piedra, que corría en sentido ascendente pegada a los muros internos de la torre.

A una docena escasa de metros del suelo, había restos de una plataforma, que había sido antaño el primer piso de la torre. A partir de este punto, se acababa la edificación: todo lo que quedaba ya eran muros que se desmoronaban lenta e incesantemente.

Alderness caminó por la parte interna de la plataforma, en cuya seguridad no fiaba en absoluto, y se acercó al lado que daba a la casa, situándose tras los restos de lo que antiguamente había sido una ventana alta y estrecha, tanto que más parecía una aspillera para flecheros.

Sacó los gemelos de la funda, se apoyó ligeramente en la pared y empezó a observar la casa, cuya entrada se divisaba perfectamente desde aquel lugar.

Un cuarto de hora más tarde, Alderness se felicitaba por la buena idea que se le había ocurrido. Un coche atravesó el páramo a toda velocidad y se detuvo frente a la portalada de acceso a la casa. Dos hombres saltaron a tierra, encaminándose hacia la puerta. Ésta se abrió en aquel momento.

Roderick Lyme se quedó muy sorprendido al oír una bocina en el patio de la casa. Preguntándose quién podría ser el que llegaba a tales horas, ya que no esperaba a nadie, ni aún al doctor Braxton, cruzó el vestíbulo y abrió la puerta.

Su rostro perdió en un instante el color al reconocer a uno de los recién llegados.

—¡Jack, «El Pálido»! —exclamó, aturdido y espantado a un tiempo.

Una terrible sonrisa lucía en el rostro del maleante.

—El mismo, Rod —contestó—. ¿Qué, no nos invitas a pasar?

Lyme hizo un esfuerzo sobre sí mismo para dominarse y sonreír.

—Claro —dijo—. Entrad y os invitaré a una copa. ¿Quién es éste que te acompaña?

—Un amigo, Pete Cross —dijo «El Pálido» simplemente.

Los tres hombres penetraron en el edificio. «El Pálido» hizo una mueca al ver la decoración del interior de la casa.

—No parece que nades en la abundancia, Rod —dijo.

—Estoy esperando... Bueno, ahora no tiene importancia —contestó Lyme con una sonrisa forzada—. Dentro de poco mejorarán mis asuntos, te lo aseguro. Venid por aquí, los dos.

Lyme condujo a los recién llegados hasta el salón, donde llenó tres copas. «El Pálido» hizo una seña y, después de beber, Pete Cross se situó junto a la puerta, como un centinela. Lyme advirtió la maniobra y empezó a sentir frío, pese al fuego que ardía en la chimenea.

—¿Y bien? —dijo al cabo de un momento—. ¿Qué es lo que te trae por aquí, Jack?

—Tú y yo hicimos buenos negocios, Rod —contestó el maleante—. Sobre todo, en aquellos buenos tiempos en que yo era encargado de un almacén de pertrechos del Ejército.

—Sí, es cierto —convino Lyme, procurando aparentar un tono normal.

—Hicimos buena amistad y buenos negocios, ¿no es cierto?

—Claro. La lástima es que te expulsaran del Ejército, Jack.

—Sí, era una buena mina —suspiró el maleante—. Pero me parece que no era tan buena como la que tú explotas ahora. O tratas de explotar, que para el caso es igual.

—¿Yo? —rió Lyme—. Vamos, Jack, estás de broma.

Los ojos del rufián destellaron de pronto. Tenía la copa aún medio llena y arrojó el resto a la cara de su anfitrión.

Lyme lanzó un rugido de rabia. Se limpió la cara con un pañuelo y miró airadamente a su interlocutor.

—¡Jack! ¿Por qué haces eso?

—Demasiado lo sabes tú, Rod —gruñó «El Pálido»—. ¿Dónde está Wexley?

—¿Wexley? No sé de qué me hablas. Hace muchos días que se fue de aquí...

—Sí, para siempre, ¿no es cierto?

—¿Qué es lo que tratas de insinuar, Jack? —En su interior y pese a que se esforzaba en disimularlo, Lyme estaba aterrado—. Cuando se fue de aquí, gozaba de buena salud.

—Claro —dijo «El Pálido» sarcásticamente—. De toda la buena salud que puede disfrutar un sujeto a quien le han pasado una cuerda al cuello antes de arrojarlo al mar.

Las facciones de Lyme perdieron de nuevo el color.

—¡Eso es mentira...!

«El Pálido» empezaba a cansarse.

—Mira, Rod, no intentes tomarme el pelo. El inspector Mulrooney, de Scotland Yard, me ha enseñado ciertas fotografías de Wexley, en las que, a decir verdad, no ha quedado muy favorecido. Por otra parte, los peces respetaron las yemas de sus dedos, así es que la identificación no ofrece duda. Ellos no saben quién se lo cargó, pero yo sí. —«El Pálido» avanzó su torso agresivamente—. ¿Entiendes lo que quiero decir, Rod?

Lyme temblaba.

—No... no sé nada... —balbució.

El rufián dio media vuelta a la mesa y se encaró con Lyme. Agarrándolo por las solapas de la chaqueta, lo zarandeó con fuerza un par de veces.

—Escucha, Rod, esas excusas de que no sabes nada, puede que sirvan para el inspector Mulrooney, pero no para mí, ¿me has comprendido? Ahorcaste a Wexley y luego arrojaste su cuerpo al mar. Unos pescadores cogieron el cadáver en sus redes. La tarea de identificarlo no ha sido difícil, pero si la policía no sabe quién lo mató, yo sí lo sé. Ahora deseo saber también por qué lo mataste.

—Tuvimos una discusión... Suéltame primero, te lo suplico —rogó Lyme.

«El Pálido» dio un paso hacia atrás. Sirvióse otra dosis de licor y bebió lentamente. *Cros* continuaba en la puerta, inmóvil como una esfinge.

—¿Por qué se produjo la discusión? —quiso saber «El Pálido».

—Bueno —dijo Lyme de mala gana— cosas..., diferencias. El quiso matarme y yo me defendí, eso es todo.

El rufián le miró suspicazmente.

—Escucha, Rod. Tú me pediste a un buen amigo para hacerte un favor. Dijiste que necesitabas a una persona discreta y con dotes de actor. Wexley lo fue en tiempos. Tú no me hubieras pedido un favor semejante si no hubieses esperado sacar algo bueno. ¿Qué diablos estás tramando en este rincón del mundo?

—Bueno —dijo Lyme de mala gana— espero conseguir una fortuna.

Lyme titubeó. En modo alguno le convenía decir toda la verdad.

—Me lo suponía —exclamó «El Pálido»—. ¿Cuánto?

—Cincuenta mil.

«El pálido» reflexionó unos instantes.

—¿Cincuenta mil? Un buen pellizco, pero me da la nariz que tú no te molestas en cometer una muerte por tan poco. Vamos, suelta la verdad de todo y no intentes engañarme; de lo contrario, probarás la misma medicina que le hiciste tragar a Wexley.

El tono del maleante envolvía una clara amenaza. Lyme reflexionó unos segundos. ¿Por qué no decírselo todo? Incluso podía pedir ayuda a aquella pareja para que colaboraran con él en la cuestión de sus planes. Después, cuando el botín estuviera en su poder...

—Bueno —dijo, fingiendo que se rendía—. Son cien mil, Jack.

«El Pálido» silbó tenuemente.

—Cien mil. ¿De un golpe?

—Claro. ¿Te imaginas que la persona que tiene que dármelas va a hacerlo en plazos mensuales? —Pero ninguno de los dos maleantes rió el chiste.

«El Pálido» se frotó la mandíbula pensativamente.

—Cien mil libras. La mitad para mí, supongo.

—Desde luego —convino Lyme cortésmente. «Prometer no cuesta nada», se dijo.

—¿Y cómo piensas obtenerlas?

Lyme explicó su plan. Puesto que no pensaba repartir con aquellos sujetos un solo chelín, no sólo no tenía inconveniente en contarle todo, sino también en pedirles ayuda.

—¡Hum! La idea no está mal —aprobó «El Pálido».

—Pero ¿por qué no te la has cargado de una vez?

—Ya lo intenté en una ocasión y falló. Prefiero el otro sistema; para mí sería mucho más cómodo, puesto que entonces me nombrarían su tutor y administrador de su bienes. Si la matara, por muy bien que hiciera la cosa, se practicaría una investigación y podría no salir muy bien parado de ella.

—De modo que, metiéndola en un manicomio, esperas conseguir las cien mil.

—Así es.

—¿Y... dónde están?

—Eso no te lo diré, Jack —respondió Lyme—. Además, ¿qué

diablos te importa, si vas a conseguir cincuenta mil? En buenos billetes, por descontado.

«El Pálido» miró a su compinche.

—Bueno, de modo que nosotros podemos ayudarte, Rod.

—Sí.

—¿Cómo?

Antes de que Lyme pudiera hablar, se abrió la puerta. *Cros* se sintió empujado por la espalda y se retiró a un lado.

—Oh, perdóname, tío Roderick —dijo, muy sorprendida al verle en compañía de dos sujetos desconocidos para ella—. No sabía que tuvieras visita.

Lyme se acercó presurosamente a su sobrina.

—¿Por qué te has levantado? Anoche pasaste un mal rato...

—Me ahogaba en la cama —se defendió la muchacha—. Quiero pasear un rato, es todo. Supongo que no te importará, tío Roderick.

—Oh, claro que no, Maxence querida. Pero, excúsame, olvidé presentarte a estos dos buenos amigos míos. El señor...

—Hardick —dijo «El Pálido», inclinándose galantemente—. Encantado de conocerla, señorita.

—Pete *Cross* —dijo el otro, con acento poco amable.

—Mucho gusto —contestó Maxence.

—Los señores Hardick y *Cross* son buenos amigos míos y pasarán unos cuantos días con nosotros —dijo Lyme.

—Me siento muy satisfecha de tenerles como huéspedes —sonrió Maxence. Vagamente se dio cuenta de qué los dos sujetos le desagradaban, pero su imaginación estaba ocupada en aquellos momentos en otras cosas que le parecían mucho más importantes—. Celebraré que su estancia aquí les resulte satisfactoria.

—Junto a nuestro buen amigo Rod y a su encantadora sobrina, la estancia aquí será, desde luego, muy placentera.

—Muy amable —dijo la muchacha. Volvió los ojos hacia Lyme—. Tío Roderick, estaré aquí a la hora de la cena.

—De acuerdo, pero no te descuides, querida.

Ella movió la cabeza un par de veces. Luego salió de la estancia.

Al quedarse solos, «El Pálido» movió la mano. *Cross* cerró rápidamente la puerta. Lyme estuvo observando a través de la ventana, hasta que Maxence hubo desaparecido en dirección a las ruinas de la abadía.

—De modo que ésa es la propietaria de las cien mil libras, ¿eh?
—dijo «El Pálido».

—Sí. —Los ojos de Lyme relucían codiciosamente—. Y vosotros me ayudaréis a conseguirlas.

Pero no dijo cuál iba a ser el papel de los dos maleantes. Si éstos lo hubieran sabido, le habrían matado allí mismo, sin esperar un solo segundo.

CAPÍTULO X

Maxence llegó a las ruinas de la abadía, pero en lugar de detenerse allí, realizó una conversión hacia el Este y tomó el camino de Magshowter, aprovechándose de las ligeras ondulaciones del terreno para escapar a las posibles miradas investigadoras de su tío. La distancia era de seis millas, que la joven cubrió, a buen paso, en dos horas, aproximadamente.

Cuando llegó a la aldea eran pasadas las cuatro de la tarde. Aunque perdiese una hora más en la visita que pensaba realizar, no le importaba el regreso, puesto que esperaba que el mismo doctor Braxton la llevase de vuelta en el coche, cuando menos hasta las inmediaciones de su casa. Sin entretenerse un solo minuto se dirigió a la casa del médico, a cuya puerta llamó en el acto.

Una mujer salió a recibirla. Era la esposa de Braxton.

—¿Está el doctor? —preguntó la joven ansiosamente.

La señora Braxton era una mujer de treinta años, regordeta y vivaracha, de aspecto sano y agradable.

—Sí, señorita. Pero ahora está ocupado con un amigo suyo...

—Tengo necesidad de verle cuanto antes. Dígame que está aquí la señorita Lyme y que es urgente que me reciba. De todas formas —agregó la muchacha— puedo esperar unos momentos.

—Claro —contestó la señora Braxton—. Tenga la bondad de pasar, señorita Lyme.

La esposa del médico la dejó en la salita de recibo. Volvió segundos más tarde.

—Mi marido la espera, señorita Lyme —dijo.

Maxence se puso en pie.

—Gracias, señora —murmuró. Penetró en el despacho, asombrándose al ver a Alderness junto al galeno—. ¡Clint!

El joven se adelantó a recibirla.

—¡Maxence! ¡Qué alegría verla! Estuve esta mañana en la abadía, pero usted no acudió...

Maxence se pasó una mano por la frente.

—No me encontraba muy bien —dijo. Volvió la vista hacia Braxton—. ¿Doctor?

El médico terminó de recargar la pipa tranquilamente.

—Siéntese, señorita Lyme —dijo. Al observar la coloración del rostro de Maxence, añadió—. La veo a usted muy sofocada.

—Es que he venido a pie, casi corriendo —respondió ella—. Quería verle... —Se interrumpió al darse cuenta de que Alderness continuaba en la estancia.

—Clint es también buen amigo mío —manifestó el médico—. Así que puede hablar delante de él con toda confianza. Pero primero, haré que mi esposa nos sirva un poco de té.

La muchacha se dejó caer sobre un sillón. Poco después, la esposa del médico penetró con una bandeja en las manos, la cual dejó sobre la mesa, abandonando la estancia inmediatamente.

Braxton sirvió el té. Hasta no haber despachado la primera taza, no hizo sino hablar de temas indiferentes. Al terminar, se encaró con la joven.

—¿Y bien, señorita Lyme, qué es lo que tenía que decirme?

Ella le miró fijamente.

—Doctor, usted sabe lo que me pasa.

—Perfectamente, señorita Lyme.

—Quiero que me diga su opinión, clara y terminante, sea cual sea. Por muy malo que sea su diagnóstico, lo prefiero a la incertidumbre. ¿Me ha comprendido usted, doctor?

—Totalmente, señorita Lyme. —Alderness escuchaba atentamente—. Veamos, ¿cuál es su pregunta?

Maxence hizo una pausa. Luego, lentamente, exclamó:

—Doctor, ¿cree usted que voy a volverme loca?

Braxton meditó cuidadosamente la respuesta.

—¿Ha vuelto a tener alucinaciones?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Anoche.

—¿Qué es lo que vio usted?

—Un hombre ahorcado. Colgaba del roble que hay frente a mi dormitorio.

—¿Está segura de que lo vio?

—Absolutamente. No cabe la menor duda.

Braxton arrojó una rápida mirada en dirección al policía. Éste permaneció silencioso, fumando con aspecto pensativo.

—¿Era el mismo hombre a quien vio, o supone que vio, ahorcado en las minas de la abadía?

Maxence se puso ambas manos en las sienes. Claramente se veía que hacía esfuerzos por recordar.

—No puedo afirmarlo —contestó al cabo—. La visión duró unos segundos y, además, era de noche.

—Esta mañana, ¿seguía colgado de la rama?

—No. Fue lo primero que miré al despertar.

Braxton volvió a pensar. De pronto, dijo:

—Su tío me habló de que hace unos meses, usted sufrió un tremendo choque con ocasión de un horrible suceso, señorita Lyme.

Los labios de la muchacha temblaron.

—Sí —dijo con voz apenas audible.

—Deberá disculparme si remuevo su justo dolor, pero ¿no, ha rememorado nunca aquel suceso, en sueños, me refiero?

Maxence agitó ligeramente la cabeza.

—Los primeros días, sí. Veía los cadáveres a todas horas..., pero luego, conseguí olvidar un poco. Por supuesto, a veces sueño con aquella escena, pero no es muy frecuente y, además, esos sueños son rápidos, es decir, duran muy poco, segundos solamente.

El médico sonrió.

—La medida del tiempo en estado subconsciente es completamente distinta a la medida en estado normal, de vigilia. Sueños que a usted le parece duran horas, en realidad, transcurren en unos cuantos segundos, no más de cinco. Pero esto no importa ahora: lo realmente interesante es que usted sueña muy poco con aquella escena.

—Sí, doctor —afirmó Maxence—. Ahora prácticamente nada.

—Yo le daría a usted un consejo para eludir esas visiones, pero me temo que no pueda usted conseguirlo.

—¿Por qué? —preguntó ella ansiosamente—. Le prometo que haré todo lo que me ordene, doctor.

Casi brutalmente, Braxton preguntó:

—¿Tiene usted algún dinero? Es decir, lo suficiente para sobrevivir durante un año, aproximadamente.

—Sí, dispongo de unas mil ochocientas libras.

—Es suficiente para vivir un año. Haga esto: empaque sus cosas, arregle su pasaporte y váyase al Sur de Europa. A cualquier punto de la costa mediterránea. —Braxton suspiró—. Un día me hartaré yo de este maldito poblacho y haré lo mismo que la recomiendo a usted, señorita Lyme.

Maxence emitió una pálida sonrisa.

—Trataré de seguir su consejo al pie de la letra, doctor. —Se puso en pie.

—Allá no tendrá usted esas alucinaciones —aseguró Braxton, enfáticamente—. Se emborrachará de luz y de sol..., y eso es lo que le está haciendo falta, mucho más que cualquier otra medicina. De todas formas, mientras tanto, le daré algo para que pueda dormir toda la noche de un tirón. —Abrió uno de los cajones y extrajo un tubo que entregó a la muchacha—. Es un poderoso sedante, pero no lo tome usted a menos que lo considere absolutamente necesario, ¿me ha entendido?

—Sí, doctor. —Maxence sonrió y su rostro se transformó totalmente—. Haré lo que me ha dicho, se lo prometo.

—Envíeme una postal desde Mallorca, por ejemplo. Es un buen sitio para descansar.

Alderness se puso en pie.

—Maxence —dijo—. El doctor Braxton es un buen amigo mío y me ha contado lo que le sucede. ¿Puedo formularle una pregunta? De antemano le advierto que quizá le resulte desagradable contestarla, pero me interesaría mucho la respuesta.

Ella le miró fijamente.

—Hable, señor Clint. —Sonrió forzosamente—. Después de lo que estoy pasando estos días, no creo que sus palabras lleguen a impresionarme demasiado.

—Es... Sencillamente, me gustaría saber si usted cree en la versión oficial de la policía acerca de la muerte de sus padres.

Maxence sacudió la cabeza enérgicamente.

—No. Se querían mucho. Mi padre no hubiese asesinado jamás a su esposa. Edna y yo nos queríamos también entrañablemente.

Jamás fue para mí la clásica madrastra. Más bien resultó como una hermana mayor. Llegué a quererla como si de veras lo hubiera sido.

—Gracias, Maxence. Es todo lo que quería saber.

La joven le miró curiosamente. Estuvo a punto de preguntarle por qué se interesaba tanto por aquel desdichado suceso, pero supo contenerse.

Alderness se dirigió al médico.

—Tim, si no tienes inconveniente, me gustaría que me prestases el coche para acompañar a la señorita Lyme hasta su casa.

—Ahí tienes las llaves —contestó el médico sencillamente.

Los dos jóvenes salieron. Pero Alderness volvió segundos más tarde.

—Oye, Tim —dijo en voz baja— ese sedante que le has dado, ¿resulta tan fuerte como dices?

El médico se echó a reír.

—Oh, no; son pastillas contra la acidez de estómago.

Le ayudará a hacer bien la digestión, en todo caso. Pero ella se sugestionará y dormirá profundamente, sin pesadillas.

El joven sonrió maliciosamente. Pegó una fuerte palmada en la espalda del médico y abandonó el despacho.

Maxence llegó a la casa apenas oscurecido, notablemente confortada por las palabras del médico, pero más todavía por la charla fluente y animada de Alderness, quien en todo momento se había mostrado un hábil conversador, hasta el extremo de haber conseguido hacerla reír en un par de ocasiones, cosa que no le había ocurrido en muchísimo tiempo.

Llegó a la casa y se encaró directamente con su tío.

—Tengo que hablarte, tío Roderick —dijo.

El sujeto estaba charlando amistosamente con los huéspedes.

—Muy bien —dijo, un tanto intrigado por la resulta actitud de la joven—. Te escucho.

Ella esbozó una sonrisa.

—Si no tienes inconveniente..., preferiría hacerlo en mi habitación.

—Conforme. —Lyme se volvió hacia los otros dos—. Espero sabrán dispensarnos unos minutos.

—No faltaría más —respondió «El Pálido» cortésmente.

Maxence y su tío salieron del salón. Pero ella se detuvo en el

vestíbulo.

—Para lo que he de decirte, tío Roderick —manifestó— no es necesario que subamos a mi dormitorio. Igualmente puedes escucharme aquí.

—Me estás intrigando, sobrina —confesó el asesino. Y era sincero—. ¿Qué te ocurre?

—Nada grave, no temas. Tío Roderick, tú guardas mil ochocientas libras que son mías.

—Sí, es cierto.

—Las necesito.

—¿Para qué?

—Quiero marcharme de esta casa. Inmediatamente, ¿lo oyes? Bueno, es decir, mañana por la mañana, porque hoy ya es tarde y no podría tomar el autobús hasta Bideford y Barnastaple, a fin de volver a Londres. Te agradeceré que a las ocho de la mañana me tengas dispuesto el cheque.

Lyme sintió que la mandíbula inferior le colgaba laciamente.

—Pero... ¿adónde te marchas? —preguntó, aterrado.

—Lejos de aquí. En esta casa no hago sino padecer pesadillas y alucinaciones. Quiero pasar un año fuera de Inglaterra. En Mallorca, por ejemplo. Y quiero marcharme cuanto antes, tío Roderick. Es inútil que insistas; mi decisión es firme y nada me la hará variar.

Lyme notó que la boca se le secaba.

—Mu..., muy bien —dijo—. Tendrás el cheque a las ocho en punto. —Carraspeó para aclararse la voz—. Quizá sea mejor así, sobrina. Mallorca es un buen sitio para descansar y tú lo estás necesitando.

Maxence sonrió.

—Gracias, tío Roderick. Sabía que serías comprensivo. Y ahora, si no tienes inconveniente, iré a cambiarle de ropa para la cena.

Graciosamente, dio media vuelta y emprendió el ascenso por la escalera, dejando tras sí a un hombre tan confundido como aterrado.

CAPÍTULO XI

Jeanne se asomó por la puerta de la cocina.

—¡Rod! —siseó.

Lyme salió del estatismo en que había caído después de conocer las intenciones de su sobrina. Con evidente torpeza, caminó hasta la cocina, cuya puerta cerró la opulenta Jeanne, para asegurarse de que no eran escuchados.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Jeanne ávidamente.

—Que se marcha mañana.

—¿Eh? ¿Se ha vuelto loca?

—Desdichadamente, no, todavía —los dientes de Lyme rechinaron con audible sonido.

—Bueno —dijo la sirvienta— pero me imagino que algo harás para evitarlo, ¿no es así?

—Ponme una copa primero —gruñó el hombre—. Déjame pensar un momento.

Jeanne le sirvió la copa, que Lyme despachó de un trago.

—Tienes que resolver el problema de Maxence —dijo la sirvienta—. Y después... ¿qué harás con ese par de buitres?

—¿Quieren cincuenta mil libras?

—Eso ya me lo has dicho antes. Lo importante es: ¿Piensas entregárselas?

Lyme captó el acento de codicia que latía en las palabras de la mujer. Sonrió torvamente.

—¿Se las darías tú, Jeanne?

—En absoluto, Rod.

—Entonces.

—¿Cómo piensas hacerlo, Rod? —La sangre fría y el cinismo de la sirvienta eran realmente espantosos.

—Se me ha ocurrido una idea. Ellos —se refería a «El Pálido» y a su acompañante— están de acuerdo.

—¿Qué es lo que piensas hacer, Rod?

Lyme explicó su plan. Jeanne sonrió.

—Bueno, en lugar de hacer que sea una ficción, ¿por qué no lo conviertes en realidad?

Lyme la miró fijamente. De pronto se echó a reír. Su risa alcanzó vinos trémolos infernales.

—Sí —dijo— ¿por qué no convertir la ficción en realidad? Pensaba liquidarlos de otro modo, pero tú me has dado una buena idea. Ahora, ayúdame a concretar los detalles. Primero falta la ropa de mujer.

—Subiré al cuarto de Maxence mientras cenáis y cogeré lo necesario. Las mías —se pavoneó Jeanne orgullosamente— les vendrían un poco anchas.

Lyme dio una cariñosa palmada en la carnosa cadera de la mujer.

—Es cierto. Las ropas de Maxence irán mucho mejor.

—Ahora, lo importante es que de resultado.

—¿Y si no lo diera?

Lyme juntó las manos e hizo crujir los nudillos.

—Resultará, ya lo verás. Maxence no podrá resistir este golpe, te lo aseguro.

—Muy bien. Vuelve junto a ellos y háblales. Yo serviré la cena dentro de unos minutos. Si vieras que Maxence no quiere bajar al comedor, sube y oblígala a cenar con vosotros. De lo contrario, no podría recoger las ropas, ¿entiendes?



—No hay ningún muerto...

4-0105

—De acuerdo. —Lyme iniciaba la marcha, pero ella le llamó.

—Espera, Rod.

—¿Qué quieres, Jeanne?

La mujer le echó los brazos al cuello.

—¿Cuándo haremos ese viaje a Mallorca... tú y yo? —susurró insinuante y provocativa.

—Antes de una semana —prometió Lyme, inclinándose para besarla.

Más tarde, Lyme regresó al comedor, donde «El Pálido» y su compinche le esperaban con cierto nerviosismo.

—¿Qué dice la pájara? —preguntó «El Pálido» abruptamente.

—Malas noticias —contestó Lyme con cierto laconismo deliberadamente provocado para excitar la atención de los dos rufianes.

—Vamos, suéltalas ya de una vez. No nos tengas sobre ascuas —gruñó «El Pálido», descontento.

—Se marcha mañana. A Mallorca.

«El Pálido» soltó una interjección.

—Está loca. —Sin querer y aunque en afirmativo, acababa de repetir la misma frase de Jeanne.

—Todavía no —contestó Lyme—. Pero vosotros podéis ayudarme a conseguirlo.

«El Pálido» se frotó la mandíbula.

—¿De qué forma?

—Ya os lo dije antes.

Cross torció el gesto. Ordinariamente silencioso, habló en aquella ocasión.

—No me gusta el plan —gruñó.

—Son cincuenta mil libras, estúpido —le increpó Lyme. Era preciso mostrarse resuelto y autoritario.

—¿Cincuenta mil? —Cross emitió una agria risita—. Me gustaría saber cuánto me va a tocar a mí de esta tajada.

—Eso se lo puedes preguntar a tu jefe.

—Te daré diez mil —dijo «El Pálido»—. ¿Hace?

Cross consideró la propuesta.

—Bueno —aceptó al cabo—. Por unos minutos de teatro... Pero usted se encargará de prepararlo todo, ¿no es cierto, Lyme?

—Claro que sí. Déjalo de mi cuenta, Cross.

—¿A qué hora? —preguntó «El Pálido».

—A las diez y media o las once, cuando todo esté bien hecho. No podemos fallar.

La puerta del salón se abrió de pronto.

—La cena está servida —anunció Jeanne.

—Voy a avisar a mi sobrina —dijo Lyme y salió de la estancia.

Al quedar solos, *Cross* miró hacia la puerta con aire suspicaz.

—Jack, ¿qué piensas tú de este sujeto?

—¡Hum! —rezongó «El Pálido» dubitativamente.

—¿Crees que nos dará nuestra parte?

—¡Pobre de él si nos traiciona! No le arriendo la ganancia, puedes estar seguro de ello, Pete.

Clint Alderness tomó la carne picada que le había preparadora esposa de su amigo y sonrió.

—Una buena labor, evidentemente —dijo—. Sólo lamento las molestias que les estoy causando.

—Oh, no diga eso, Clint —sonrió la mujer—. Basta que sea amigo de mi esposo para que yo me sienta muy complacida de ayudarle. Y de ayudar también a esa pobre chica.

El rostro de Alderness se enserió de pronto.

—Sí —murmuró gravemente—. Ese canalla... —De pronto se volvió hacia el médico—. Tim, ¿crees que pueda resistir otro choque semejante al de anoche?

El doctor Braxton hizo un gesto de duda.

—No puedo asegurártelo, Clint. Es una chica muy fuerte, tanto en lo físico como en lo síquico, pero últimamente, su espíritu ha sido, por decirlo hartó gráficamente, muy «trabajado». Lo más conveniente sería que no le proporcionaran otro espectáculo.

—De todas formas, mañana se marcha de ese caserón. Por un lado, me alegro, aunque por otro... No sé si conseguiré reunir las pruebas necesarias.

—Si ve que se marcha, Lyme intentará algo contra ella. Esta noche, sin más tardanza.

Alderness movió la cabeza afirmativamente.

—Por eso quiero ir allí. —Consultó su reloj—. Bueno, son las nueve y media. Sin prisas, llegaré dentro de dos horas. No creo que hagan nada antes de la medianoche.

—¿Por qué no te llevas mi auto? —preguntó el médico.

Alderness hizo un gesto negativo.

—Prefiero ir andando. Antes lo hice por acompañarla a ella, ya que no tenía importancia que me vieran. Pero ahora debo pasar desapercibido.

—Sí, es cierto —concordó el médico. De pronto, ansiosamente exclamó—. ¿Necesitas ayuda, Clint? Si es así, no vaciles...

Alderness se echó a reír.

—No te preocupes por mí, Tim. Gracias de todas formas.

Hizo una pausa ligera.

—Lyme es el que debe estar preocupado. Y no sólo porque Maxence tiene intenciones de marcharse mañana de la casa.

—¿Por qué, además? —quiso saber la esposa del médico, curiosa.

Alderness hizo saltar en la mano el paquete con la carne picada. Rió alegremente.

—Debe estar preguntándose quién le narcotizó anoche a los perros.

Los tres rieron. La señora Braxton dijo:

—Clint, ¿me permite que le llame así?

—Por supuesto —accedió el joven—. Dígame, señora Braxton.

—Me llamo Ellen —corrigió la esposa del médico—. Voy a darle un buen consejo.

—¿Sí? —preguntó el joven cortésmente.

—En cuanto haya terminado todo, vaya a Mallorca.

El joven enrojeció. Confusamente, murmuró:

—Es un buen consejo, Ellen. —Después de lo cual, un tanto turbado por las palabras de la señora Braxton, abandonó la estancia.

—Los perros —dijo Lyme sombríamente.

—¿Qué te pasa ahora con los canes? —preguntó Jeanne.

—Me preocupa lo que pasó anoche. ¿Quién les daría ese narcótico?

—Carl se había quejado últimamente de que le molestaban mucho sus ladridos.

Lyme movió la cabeza.

—Carl no fue —dijo firmemente.

—¿Entonces...? Porque Maxence no se acerca a los animales por nada del mundo. Les tiene un terror pánico.

—Si estuviera seguro de ello...

—¿A qué te refieres, Rod?

—Ese sujeto. El profesor Alderness. Maxence se ha encontrado en un par de ocasiones con él. Además, hoy la ha traído en coche hasta la casa.

Jeanne se pellizcó el labio inferior con gesto pensativo.

—No me parece sospechoso —dijo al cabo.

—¡Hum! Estos tipos, los del Yard, me refiero, son muy listos. Tienen hombres para todo.

Jeanne se estremeció.

—Si fuera un policía... —murmuró.

—No podrán probarme nada, por lo menos, mientras no encuentren el cuerpo del delito. —Lyme se echó a reír—. Y el de Carl no lo encontrarán jamás en la ciénaga.

—Bueno —dijo la sirvienta— es preciso que empieces a trabajar. Estamos perdiendo ya demasiado tiempo. Sube arriba y disponlo todo para darle el susto a Maxence.

—Espera un momento. —Lyme abrió la puerta de la cocina y se lanzó al exterior.

Llegó a la perrera y soltó las cadenas que sujetaban a los canes. «Titán» y «Dragón» ladraban desaforadamente.

—Vamos, vamos, muchachos —dijo Lyme en voz baja— esta noche os doy fiesta. Caza libre, mis buenas piezas. Y, —añadió con acento de infinita rabia— a ver si me cazáis a ese condenado profesor..., si es que se le ocurre venir por aquí.

Los perros se alejaron aullando frenéticamente. Lyme regresó a la casa. Tuvo que llamar, porque Jeanne se había atrincherado firmemente detrás de la puerta.

—Estas bestias me dan pánico —dijo, pálida y temblorosa.

—No te preocupes —contestó Lyme—. Cuando todo haya terminado, les daré una ración de estricnina y los tiraré al pantano. Ahora, dame las ropas.

Jeanne le entregó un bulto con prendas que había extraído del ropero de la muchacha, y un frasco lleno de un líquido rojo oscuro.

La mujer sonrió.

—De esta hecha, te contratarán en la BBC para maquillador de la televisión.

Lyme sonrió, pero no dijo nada. Salió de la cocina y subió al piso superior. Llegó a la puerta de la estancia que había sido destinada a los dos rufianes y tocó en la puerta con los nudillos, muy suavemente.

«El Pálido» abrió una rendija y miró suspicazmente. Al ver que se trataba de Lyme se echó a un lado.

Roderick Lyme penetró en la estancia.

—Bueno, vamos a preparar el escenario cuanto antes. Tú, Jack, te vestirás de mujer. Eres el más delgado de los dos.

Cross se echó a reír.

—Lo que hay que hacer por cincuenta mil libras —dijo.

—Cállate —gruñó «El Pálido». Luego volvió los ojos hacia *Lyme* —. ¿Y después?

—Os dejaréis caer en el suelo. —*Lyme* enseñó el frasco—. Esto servirá para simular la sangre. *Cross*, tú quedarás a la izquierda de Jack, con la pistola en la mano. Jack, empieza a cambiarte ya.

—Pero no tengo peluca —se quejó el maleante.

—Revuélvete un poco los pelos —dijo *Lyme*—. Eso bastará. Además, ella verá a un hombre y una mujer caídos en medio de unos charcos de sangre. ¿Crees que se fijará en semejante detalle?

—Está bien —rezongó el maleante, empezando a quitarse la ropa.

Diez minutos más tarde, se había puesto las ropas que trajera *Lyme*. *Cross* intentó gastarle una broma atroz acerca de su falta de contornos pectorales, pero «El Pálido» le quitó la chanza con una colérica mirada.

—Bueno, ya está —dijo «El Pálido» al concluir, sosteniéndose difícilmente sobre los tacones de los zapatos de *Maxence*—. ¿Y ahora?

Lyme sacó la pistola.

—Tú te tenderás ahí —dijo, indicando un sitio de la estancia—. Yo te pintaré el rostro con el líquido rojo. Tú, *Cross*, a la izquierda de Jack, tal como quedaron los cuerpos de los padres de *Maxence* después de..., bueno, después de lo que sucedió entonces.

«El Pálido» sonrió torvamente.

—Se va a llevar el gran susto cuando nos vea tirados por el suelo —dijo.

—Peor será cuando venga por la mañana otra vez y se encuentre con que no ha habido crimen —rió *Lyme*—. Tendréis que dormir en otra habitación más incómoda, por supuesto, pero me parece que cincuenta mil libras merecen la pena de pasar una noche un tanto incómodamente, ¿no es cierto?

—¡Y que lo diga! —exclamó *Cross*, refocilándose ante la perspectiva de las diez mil libras que le habían prometido—. Bueno, ¿dónde ha dicho que debo ponerme?

—Aquí, en este sitio. —Lyme asió a *Cross* por un brazo y le colocó en el lugar adecuado. De pronto, sin previo aviso, aplicó el cañón de la pistola a la sien derecha del rufián y apretó el gatillo.

Cross pegó un salto convulsivo y cayó fulminado.

—¡Eh! ¿Qué diablos...? —«El Pálido» empezó a darse cuenta que habían caído en una encerrona.

Antes de que pudiera realizar la menor acción defensiva, Lyme le abrasó el rostro de un pistoletazo a bocajarro.

CAPÍTULO XII

La puerta de la estancia se abrió de golpe.

Lyme giró rápidamente sobre sí mismo, apuntando con la pistola la entrada.

—Cuidado, soy yo —dijo Jeanne.

—Podías haber avisado —gruñó el asesino, todavía muy excitado.

Jeanne desvió la vista a un lado, mientras Lyme situaba los cadáveres en la postura que estimaba más adecuada. El asesino se movía rápidamente, temeroso de ser sorprendido antes de tiempo.

«El Pálido» apenas había sangrado. A fin de desfigurar sus facciones en lo posible, Lyme vertió parte del contenido del frasco sobre su rostro.

—Vamos —dijo, agarrando el brazo de Jeanne.

Se detuvo bajo el dintel un segundo, observando la escena. *Cross* tenía el brazo derecho extendido y en la mano empuñaba la pistola utilizada por el asesino.

Los dos cómplices escaparon silenciosamente hasta una habitación situada en el extremo opuesto del corredor. Dejando la puerta entreabierta, permanecieron en observación durante unos segundos.

Por un momento, Lyme temió que su truco no hubiera dado resultado. Pero bien pronto pudo desechar sus aprensiones.

Maxence salió al pasillo, envolviéndose en una bata.

—¡Tío Roderick! ¡Jeanne!

Lyme apretó la mano de la mujer, como recomendándole silencio.

La muchacha repitió la llamada. Sus gritos rebotaron en los muros del caserón, perdiéndose estérilmente.

Temerosa, Maxence caminó unos pasos en actitud irresoluta. De súbito vio una puerta abierta a corta distancia del lugar en que se hallaba.

Se acercó a la puerta. Empezó a temblar.

—Ahora —susurró Lyme, enormemente satisfecho, y apenas había pronunciado la palabra, cuando un horrible alarido se escapó de los labios de la muchacha.

Maxence retrocedió, tambaleándose, con los ojos desorbitados por el espanto. Gritaba como una bestia herida, emitiendo voces inarticuladas. Tropezando con todos los obstáculos, sin dejar de aullar, volvió a su habitación.

—Vamos —dijo el criminal.

Los dos cómplices salieron de su escondite y corrieron al dormitorio de la muchacha. Maxence estaba caída de bruces sobre el lecho y golpeaba la almohada frenéticamente con los puños.

—¡Maxence! —gritó Lyme.

Ella se sentó en la cama bruscamente.

—Mis padres —exclamó, con las facciones desencajadas por el terror—. Están ahí..., muertos..., los dos...

—¿Qué? —exclamó Lyme, fingiendo sorpresa—. Pero si... tus padres murieron hace meses...

—¡Pobrecilla! —dijo Jeanne acercándose a la joven compasiva.

—Por favor —rogó la muchacha—. Tío Roderick... ve a la otra estancia... Mis padres...

—Me parece que otra vez has vuelto a tener alucinaciones —dijo el asesino en tono severo—. Tus padres murieron hace meses y además, en la otra habitación duermen los señores Hardick y Cross. Seguramente estarán despiertos. Tus gritos les habrán hecho creer en que hay una loca en esta casa.

Maxence se cogió las sienes con ambas manos.

—¡Una loca! —repitió con voz átona—. Sí, creo que me estoy volviendo loca... Veo visiones..., perros que no existen..., hombres ahorcados... mis padres muertos otra vez... ¡Pero estoy segura de haberlos visto en la habitación inmediata, tío Roderick! —clamó.

El asesino decidió correr un riesgo.

Tomó la mano de la muchacha y dijo:

—Ven conmigo. Molestaremos a mis amigos, solamente para que veas que se ha tratado de una simple alucinación. Anda, ven,

Maxence.

Ella se soltó con gesto brusco. Sus ojos brillaban con fiebre demencial.

—¡No, no quiero ir a la otra habitación! Ellos están allí, muertos, bañados en su propia sangre.

Lyme se volvió hacia la sirvienta.

—Jeanne, hágame el favor de traer una taza de té para mi sobrina.

—Sí, señor.

—¡No quiero té! —protestó la joven violentamente—. ¡Lo único que quiero es marcharme de aquí!

Lyme maldijo interiormente. La joven parecía resuelta a no permanecer un momento más en la casa. Y él no podía consentir que se fuera todavía.

—Por favor, sobrina —rogó— trata de calmarte. Piensa que lo que has visto es una simple alucinación... No hay tales cadáveres. Es sólo un sueño que has tenido...

—¡No ha sido un sueño, no ha sido un sueño! —gritó Maxence, tirándose de la cama—. Los cadáveres están allí, en la habitación contigua. ¡Y no quiero seguir un momento más en esta maldita casa! O me sacas ahora mismo, o me marchó como sea, descalza, si es preciso.

Lyme vio sus planes en, peligro. Su sobrina estaba loca, pero no la clase de locura que a él le convenía.

—¡Maxence! —gritó.

La joven se volvió. En el mismo instante, el puño derecho de Lyme entró en contacto con su mandíbula.

Las rodillas de Maxence se doblaron. Sus ojos se cerraron, al mismo tiempo que dejaba escapar un hondo suspiro.

Lyme alzó en brazos a la muchacha y la depositó sobre el lecho.

Levantó uno de los párpados y observó la pupila durante unos segundos.

—Está knock-out— dijo. —Seguirá así un buen rato.

—¿Cómo te las arreglarás cuando se despierte? —inquirió Jeanne, aprensivamente.

—Cuando se despierte, el cuarto de al lado deberá estar completamente limpio. Si protesta, la dormiremos como sea. Y mañana por la mañana haré venir al doctor Braxton, explicándole lo

que sucede y conseguiré me expida un certificado para internarla en un manicomio.

—¿Qué le dirás de los huéspedes?

—Simplemente, que han recibido un mensaje urgente mientras ella dormía y que tuvieron que marcharse. Vamos.

Los dos cómplices salieron de la estancia, pasando a la habitación contigua. Lyme atravesó la pieza y abrió la ventana de par en par.

Luego regresó junto a los cadáveres y cogió en brazos el cuerpo de *Cross*. Caminó hasta la ventana nuevamente y haciendo un esfuerzo, lanzó el cadáver fuera.

Sonó un golpe sordo, estremecedor. Acto seguido, el asesino repitió la misma faena con el cuerpo de «El Pálido».

—¿Qué vas a hacer con los cadáveres? —preguntó Jeanne.

—Lo mismo que hice con Carl. De momento, los dejaré en el cobertizo. Luego, dentro de unas horas, iré a arrojarlos a la ciénaga. Mientras tanto, tú ocúpate de limpiar bien todo, de modo que no quede el menor rastro del paso de esos sujetos por aquí. La ropa de «El Pálido» está en el armario. Quémala.

—De acuerdo.

Acto seguido, Lyme salió de la estancia. Asomó la cabeza un instante por la puerta del dormitorio de Maxence. La muchacha continuaba sin conocimiento.

Tranquilizado al respecto, Lyme bajó corriendo las escaleras, atravesó el vestíbulo y la cocina y salió al patio posterior. Agarró uno de los cadáveres por los pies y lo arrastró hasta el cobertizo cercano, cubriéndolo con un poco de paja. A continuación, hizo lo mismo con el otro muerto.

Al terminar, entró en la cocina y se lavó cuidadosamente las manos. Se miró el traje, dándose cuenta de que se lo había manchado de sangre por algunos sitios. Entonces, subió a su habitación y se cambió de ropa, entregando el traje manchado a Jeanne para que lo quemara junto con las ropas de «El Pálido». Al terminar tales operaciones, entró en el dormitorio de Maxence.

Buscó una silla y se sentó, encendiendo un cigarrillo, mientras observaba a la muchacha: Permaneció en esta postura durante veinte o treinta minutos.

Maxence se agitó de pronto. Sus labios murmuraron unas

palabras sin ilación. Bruscamente, abrió los ojos.

La muchacha continuó tendida aún durante unos segundos. Luego incorporó la cabeza y miró a su tío, que se le acercaba en aquellos momentos.

Maxence se sentó en la cama de golpe.

—¡Me has pegado! —dijo acusadoramente.

Lyme hizo un gesto compungido.

—Lo siento mucho, sobrina —respondió—. Tú me obligaste a ello. Habías adoptado una actitud tal, que no me quedó otro remedio que cometer un acto semejante. Tendrás que disculparme, aunque habrás de convenir conmigo en que no había, por el momento, mejor solución.

—Quiero irme de la casa. Ahora mismo —dijo ella con voz monótona.

—Me siento muy apenado por lo que te sucede, Maxence. En las condiciones en que te encuentras, sería un imprudente si accediera a tus deseos.

Maxence saltó del lecho.

—¡No me importa lo que pienses de mí! —gritó—. Me iré, Sea como sea.

—No, antes de que te examine por la mañana el doctor Braxton y le hayamos narrado tu última alucinación —dijo Lyme en tono firme.

—¿Alucinación? —Maxence exhaló una risa amarga—. ¡No ha habido tal alucinación! Vi los cadáveres...

Los ojos de Lyme refulgieron de una extraña manera. Bruscamente, sin previo aviso, agarró la muñeca de su sobrina y la arrastró fuera de la habitación.

—Ven conmigo —dijo imperativamente—. Ahora verás si se trata de una alucinación o no.

Ella trató de resistirse, pero era poco menos que una pluma en las manos de su tío. A la fuerza, se vio obligada a seguirle. Protestó, aterrada, pero todo resultó inútil.

Lyme llegó a la puerta de la estancia contigua y la abrió de golpe.

—¡Mira! —exclamó—. ¡Dime ahora dónde están los cadáveres!

La estancia aparecía en el más completo orden.

Maxence dio un par de pasos en el interior, mirando a diestro y

sinistro con gesto de estupor. Las dos camas que había en la pieza aparecían ligeramente desarregladas, como si sus ocupantes las hubieran abandonado momentos antes.

—Pero... —murmuró ella aturdida, mareada, sintiendo que le hervía en la mente un turbión de contradictorios pensamientos—. Yo oí disparos... vine aquí... Los cadáveres de mis padres estaban en el suelo... Ella tenía la cara destrozada por los disparos...

—Alucinaciones —dijo Lyme fríamente—. Aquí no ha habido nadie más que mis amigos Hardick y Cross. Por cierto, que recibieron un mensaje urgente cuando apenas se habían acostado y tuvieron que ausentarse rápidamente, no hace de ello quince minutos apenas.

—Te digo que vi los cadáveres... ensangrentados...

Lyme avanzó hacia la muchacha. Sus ojos fulgían diabólicamente.

—Mi pena es inmensa, por tratarse de ti, Maxence, la hija de mi hermano, pero no me queda otro remedio que ponerte en seguridad, después de lo ocurrido.

Ella le miró atónita, comprendiendo a medias.

—¿Quiere eso decir que... vas a internarme en... en...? —dejó la frase sin concluir.

—Justamente. En un manicomio. Estás loca, Maxence. Loca, ¿me oyes? ¡LOCA!

La muchacha exhaló un grito desgarrador.

—¡Estoy loca! —clamó. De repente dio media vuelta y huyó de la habitación.

Lyme soltó una maldición y se lanzó en pos de ella.

CAPÍTULO XIII

Sin grandes prisas, pero también sin entretenerse, Clint Alderness caminaba en dirección a la casa de Maxence.

Había algo que le hacía pensar más de lo ordinario: las palabras pronunciadas por Ellen Braxton. Hasta entonces no se le había ocurrido pensar en Maxence como algo más que una hermosa muchacha, sujeta a una demoníaca conspiración criminal. Pero ahora, las frases de la esposa del médico habían abierto ante él unos horizontes insospechados.

—Claro que... antes de que la cosa se concretara, ¿era preciso resolver tantos problemas! Aparte de los puramente derivados de su profesión, suponiendo que todo saliera bien, tendría que contar con la voluntad y la aquiescencia de Maxence. Ella le gustaba y por su parte, tenía la seguridad de que no le era indiferente. Pero de ahí a albergar sentimientos más profundos, mediaba una gran distancia.

Además, se dijo, ¿por qué tenía tanto interés Roderick Lyme en hacer perder la razón a Maxence? No sería por apropiarse de la casa del páramo, pues el valor monetario del edificio, en medio de unas tierras incultivadas e incultivables, era poco menos que nulo.

¿Entonces?

El padre de Maxence no había sido nunca un hombre rico, aunque había vivido con holgura. ¿Qué podía haber dejado John Lyme como herencia para excitar la ambición de su hermano hasta el punto de cometer el más abyecto de los crímenes?

¿Y si resultaba que Maxence era una mujer rica? Meneó la cabeza. Tendría que olvidarla, en tal caso. El no era más que un simple sargento de detectives, con sueldo decoroso, suficiente para cubrir las necesidades de un matrimonio joven —y de lo que viniera después, claro—, pero en lo económico, muy poco para aspirar a la

mano de Maxence.

Suspiró. Si las cosas eran tal como pensaba, debería cancelar aquellos rosados sueños. Y el caso era, se dijo, desalentado, que a cada momento que transcurría, Maxence le gustaba más y más. Pero...

Bruscamente, a unos quinientos metros de distancia, sonaron unos feroces aullidos.

Alderness se detuvo en seco. Escuchó de nuevo. No, no cabía la menor duda. Eran los perros que debían haberle olfateado. ¿Por qué estaban tan cerca?

No había más que una explicación: Lyme los había soltado, en vista del narcótico que les había administrado la noche anterior. Alderness frunció el ceño. Las cosas, de este modo, iban a resultar muy distintas.

Los perros se acercaban con gran rapidez. Frenéticamente, empezó a desenvolver el paquete. Súbitamente, antes de que hubiera tenido tiempo de terminar su tarea, dos masas jadeantes se le arrojaron encima, derribándole al suelo.

Por un instante el joven creyó morir. Su primera intención fue protegerse el cuello de las dentelladas de las fieras. Recibió una tremenda sorpresa, cuando los perros empezaron a saltar alegremente en torno suyo. Uno de ellos le lamió el rostro cariñosamente.

Aturdido y satisfecho a un tiempo, se sentó en el suelo, acariciando las cabezotas de los perros. Estuvo tentado de dejarlos correr, pero no podía correr el riesgo de ser delatado. Terminó de desenvolver el paquete y arrojó los dos bollos de carne picada a los canes.

Se puso en pie limpiándose la ropa con las manos. Permaneció allí, contemplando a «Titán» y a «Dragón» devorar rápidamente su ración de carne narcotizada. Al cabo de unos momentos, las bestias se desplomaron en el suelo.

Unos minutos más tarde, seguro de que los perros no despertarían hasta bien entrada la mañana, continuó su marcha, saliéndose del camino que conducía a la casa. La luna brillaba alternativamente en el cielo, según las nubes que corrían arrastradas por un fresco vientecillo y su silueta podía destacarse contra la relativa claridad del caminillo.

Poco más tarde, llegó a la tapia. Salvó el obstáculo y prosiguió escondiéndose detrás de los árboles. Así llegó a uno de los cobertizos.

Miró hacia arriba. No se veía ninguna luz en las ventanas, aunque en cierta ocasión, le pareció oír el rumor de una discusión. Pegado a la pared, se deslizó a fin de situarse en mejor posición. De pronto, notó que su espalda quedaba al aire.

Sorprendido, retrocedió un par de pasos manoteando para conservar el equilibrio. Su pie derecho tropezó con una herramienta tirada en el suelo y acabó por desplomarse hacia atrás.

Al caer, extendió las manos buscando instintivamente un asidero. Tanteó el suelo un par de veces y, de repente, su mano izquierda se agarró a una cosa redonda, cubierta de gasa.

El corazón se le paró de repente. Revolviéndose de un salto, buscó en sus bolsillos, temiendo lo peor respecto a Maxence. En un santiamén había comprendido que el objeto que acababa de tocar era una pierna humana.

Sacó una cerilla y removió la paja. Los ojos vidriados de un hombre vestido con ropas femeninas le contemplaban inexpresivamente. El rostro del muerto presentaba un aspecto horroroso.

La cerilla le quemó los dedos. Sopló con fuerza, conteniendo una exclamación. Encendió un segundo fósforo y entonces descubrió otro cadáver. Alderness reconoció al instante a Pete Cross.

Apagó la cerilla. Permaneció unos instantes terriblemente desconcertado. ¿Quién había matado a los dos maleantes? Porque no le cabía la menor duda de que el sujeto de la cara destrozada y vestido con ropas de mujer no era otro que Jack «El Pálido». Pero, por lo que sabía de las costumbres del maleante, «Jack El Pálido» no había sido nunca aficionado a vestir ropas del sexo opuesto. Todo lo contrario, en Soho tenía fama de donjuán. ¿Por qué había utilizado aquel disfraz tan contrario a sus hábitos?

De lo que ya no le cabía la menor duda era de que las muertes habían sido cometidas por Roderick Lyme. ¿Qué nuevas monstruosidades se disponía a cometer aquel asesino sin entrañas?

Fuera como fuera, se dijo, la carrera criminal de Lyme estaba cortada. Los dos cadáveres que yacían en el cobertizo, eran pruebas más que suficientes para enviarle a Pentonville. Quizá no se le

podiera probar nunca las muertes de John Lyme y de su esposa, pero sería suficiente con las dos cometidas aquella misma noche.

Abandonó el cobertizo y caminó hacia la casa, tanteando las paredes. Encontró la puerta trasera y buscó el pomo, haciéndolo girar en silencio. Abrió la puerta y cruzó el umbral.

La cocina estaba a oscuras, pero un rayo de luna le proporcionó iluminación suficiente para atravesarla sin causar el menor ruido. Abrió la otra puerta con todo cuidado, divisando el vestíbulo, al cual proporcionaba una lúgubre claridad un mortecino quinqué de petróleo.

Alderness vaciló. Antes de que pudiera reflexionar, a fin de adoptar un plan de acción, oyó unas voces humanas.

De pronto sonó la voz de Maxence, la cual acababa de exhalar un grito desgarrador.

—¡Estoy loca!

En el mismo instante, Alderness oyó unos pasos precipitados. La voz de Lyme sonó bronca, maldiciente.

—¡Quieta, Maxence! ¡Párate! ¿A dónde vas? ¡Párate, te digo!

Alderness no lo dudó más. Salió al vestíbulo, en el mismo instante en que Maxence, seguida por su tío, descendía la escalera a todo correr.

—¡Maxence! —exclamó el joven.

—¡Clint! —gritó la muchacha, arrojándose enloquecida a sus brazos.

Alderness rodeó el talle de Maxence con su brazo izquierdo, a la vez que introducía su mano derecha en el bolsillo del mismo lado, en donde guardaba un pequeño revólver.

Lyme se detuvo en mitad de la escalera. Jeanne estaba parada en el corredor de la parte superior, contemplando la escena con gesto especulativo.

—¿Qué hace usted en mi casa? —preguntó Lyme abruptamente—. ¿Quién le ha dado permiso para entrar aquí, a semejantes horas?

—Se lo diré enseguida, señor Lyme —manifestó el joven, sin perder su sangre fría. Disimuladamente, observó el bulto de la chaqueta de su interlocutor y tomó nota de la pistola que Lyme guardaba en aquel bolsillo. Luego se dirigió hacia la joven—. Tranquilícese, Maxence; estoy aquí para protegerla.

—Clint... —dijo ella, pero Lyme no la dejó proseguir.

—No necesitamos su protección para nada, señor entrometido. Márchese de aquí inmediatamente o, de lo contrario, me veré en la precisión de adoptar ciertas medidas que no le han de gustar.

—Creo —manifestó el joven— que usted no se encuentra en situación de tomar medidas, sino más bien de que las tomen contra usted.

Lyme extendió su brazo coléricamente.

—¡Esa muchacha está loca! ¡Quería huir, cosa que no puedo consentir, dado que podría correr graves riesgos en el estado en que se encuentra!

—Estoy loca, Clint —dijo Maxence desmayadamente.

—No está loca —expresó él con firmeza. De pronto se le ocurrió una idea—. Apostaría a que esta noche ha tenido otra de sus alucinaciones.

Alderness notó claramente el estremecimiento que sacudía el cuerpo de la muchacha. Maxence ocultó el rostro en su pecho.

—Sí —confesó sordamente—. He visto... algo parecido... Mi padre... y mi madrastra... estaban arriba muertos, ensangrentados...

Alderness comprendió entonces por qué «El Pálido» se había vestido con ropas de mujer.

—Pero... luego he vuelto al cuarto... y allí no había ningún cadáver... —sollozó la muchacha.

—Naturalmente. Como que están en el cobertizo —declaró el joven.

Maxence levantó la vista con gesto rápido.

—¿Que están en el cobertizo? Pero ¿cómo...?

Lyme hizo un ademán. Velozmente, Alderness sacó la pistola y encañonó al criminal, a la vez que movía el brazo izquierdo para apartar a Maxence a un lado.

—Señor Lyme —dijo— he hallado los cadáveres de dos personas muertas violentamente en el cobertizo, y puesto que presumo razonablemente que ha sido usted el autor de esas dos muertes, me veo obligado a detenerle en nombre de la Ley. Soy sargento de detectives de Scotland Yard, y le prevengo que todo cuanto diga o haga a partir de este momento, podrá ser utilizado más tarde en contra suya.

Lyme abrió la boca desmesuradamente. Fue a hablar, pero el joven le interrumpió.

—¡Separe las manos del cuerpo! —ordenó perentoriamente.

Estupefacto, Lyme obedeció. Desde lo alto de la escalera, Jeanne observaba la escena con ojos brillantes.

—Usted no podrá probar nada —dijo el asesino.

—Prefiero no discutir este asunto por el momento. —Sin volver la cabeza, se dirigió a la muchacha—. Maxence, quiero que sepa que todo lo que ha visto usted es cierto, aunque ese criminal haya tratado de hacerle creer que se trataba de alucinaciones, a fin de trastornar su mente. Sin embargo, ignoro los propósitos que le guiaban al comportarse de manera tan abyecta.

—De modo... —balbuceó Maxence horrorizada— que es cierto que vi unos ahorcados... y luego unos perros que me acometían...

—Y también unos ojos que la miraban en la oscuridad.

—Pero... mis padres...

—Eran dos desdichados maleantes, a quienes su tío debió convencer para que desempeñaran ese papel... o bien los asesinó primero y los disfrazó después. En fin, eso se verá más tarde.

—Entonces, no estoy loca. Lo que vi era verdad.

—Celebro decirle que su mente se encuentra en perfecto estado, aunque, como es lógico, usted se encontrará ahora muy perturbada. Pero no ha tenido ninguna alucinación, se lo aseguro. ¿Sabe usted por qué hacía Su tío tales cosas?

Maxence movió la cabeza.

—No tengo la menor idea, Clint.

El joven se asombró.

—¿Lo dice de veras? ¿No se tratará de algún asunto económico?

—Sólo poseo unas mil ochocientas libras, de cuya administración estaba encargado mi tío.

Alderness frunció el ceño. Algo fallaba, no ensamblaba en el conjunto de las piezas.

Miró al asesino.

—Quizá usted desee darnos una explicación —sugirió.

Lyme apretó los labios.

—No hablaré —dijo hoscamente.

—Con esa actitud, sólo conseguiré empeorar su situación, señor Lyme —advirtió el joven.

Lyme mantuvo la misma postura. De repente, Jeanne lanzó un grito.

—¡Está bien! Anda, díselo de una vez. Total, ¿qué más da? Dile que hiciste todo por las cien mil libras que dejó en el Banco el padre de Maxence. Vamos, ya que has perdido, no seas hipócrita y confíésalo todo de una vez.

Jeanne estaba inclinada hacia adelante, con ambas manos apoyadas en la barandilla del corredor. Sus ojos relucían intensamente.

—Cien mil libras —exclamó Alderness, atónito. Era toda una fortuna.

Maxence se movió ligeramente, aturdida por las palabras de la sirvienta. Miró a Lyme.

—¿Tú hiciste todo... por esas cien mil libras?

El criminal le devolvió la mirada con aire retador.

—Sí, es cierto —confesó.

—Pero... —balbuceó Maxence— si mi padre no me dejó nunca una herencia semejante. ¡No existen las cien mil libras!

CAPÍTULO IV

Sobrevino un dramático silencio. Las palabras de la joven constituían un tremendo golpe de efecto.

Los ojos de Lyme se dilataron desmesuradamente.

—Que... no... existen... las... cien... mil... libras... — tartamudeó, lívido como un difunto.

Alderness dirigió a la muchacha una rápida mirada.

—Explíquese, Maxence, se lo ruego.

Ella inspiró profundamente.

—Es cierto que mi padre tuvo un tiempo esa suma —expresó—. Pero no era suya. Nos lo contó a mi madrastra y a mí... Tenía que hacer un pago por encargo de su jefe, en Farnborough... Era una especie de misión secreta. Alguien tenía que suministrar al departamento metalográfico unos valiosos informes secretos sobre metales ligeros para aviación y exigía el pago en contante. Mi padre fue el encargado de realizar la operación, recoger los informes y pagar al... llamémosle informante, por no emplear su nombre exacto.

«Un asunto de espionaje», pensó Alderness.

—Necesité alquilar una caja de seguridad en el Banco para hacerlo, pero no tuvo el dinero en su poder más de dos semanas. — La muchacha miró a Lyme—. Tú debiste oírle mencionar aquella suma, ¿no es así?

Lyme no contestó. Sus ojos se movían velozmente dentro de las órbitas.

Alderness dio un paso hacia adelante.

—Señor Lyme, me veo en la precisión de detenerle. Y a usted también, señora, como cómplice del señor Lyme —se dirigió a Jeanne, que permanecía convertida en una estatua en lo alto de la

escalera, atónita, estupefacta por la increíble revelación de la muchacha.

Súbitamente, Lyme exhaló una espantosa carcajada.

—¡No hay cien mil libras! —aulló estridentemente.

Maxence retrocedió, temerosa y amedrentada. Alderness dio un paso hacia adelante y puso el pie en el primer escalón.

Lyme seguía riendo. Su risa era espeluznante.

—¡No existen las cien mil libras! —Su cuerpo entero se agitaba con terribles espasmos.

El joven subió dos escalones.

—¡Señor Lyme! —gritó. De pronto se dio cuenta de que el criminal había perdido el juicio.

Ascendió dos peldaños más. Súbitamente, Lyme arremetió contra él con la cabeza agachada, profiriendo frases inarticuladas.

Alderness quiso esquivar el golpe, pero la cabeza de Lyme le alcanzó en el hombro, lanzándole a un lado. Tuvo precisión de agarrarse a la barandilla, con el fin de no rodar por la escalera.

—¡Cuidado, Maxence! —gritó.

Hubiera podido disparar contra Lyme, pero prefería apresarlos vivos. Ésta era su obligación y a menos que el criminal le atacase directamente, debería detenerlo a fin de conducirlo ante un juez.

Maxence retrocedió vivamente. Lyme no pareció verla y corrió hacia el gran portón de entrada, que abrió de golpe. Un instante después, se perdía en la oscuridad, mientras sus estridentes carcajadas continuaban sonando con siniestros trémolos de locura.

Alderness se lanzó en persecución creí criminal. Al pasar junto a la muchacha, le entregó la pistola.

—Usted está sana, Maxence —dijo—. Mantenga a raya a Jeanne y no la permita escapar.

Y salió en persecución de Lyme.

No le cabía la menor duda de que el asesino había perdido el juicio al no poder soportar el golpe. La idea de que había cometido tantos crímenes por una fortuna inexistente había roto sus ligaduras mentales, desquiciándole por completo. «Una justicia poética», pensó Alderness, mientras se lanzaba tras el criminal.

Corrió velozmente, rodeando el edificio. De pronto oyó el zumbido de un motor.

Unos faros se encendieron en el cobertizo más grande. Alderness

llegó al edificio, justo en el momento en que Lyme arrancaba.

—¡Alto! ¡Deténgase! —gritó.

Lyme seguía riendo enloquecedoramente. Extendió su mano con tremendo ímpetu y derribó al joven por tierra. Alderness tuvo que rodar un par de veces sobre sí mismo para evitar ser arrollado por las ruedas traseras del vehículo.

El automóvil arrancó rugiendo. Alderness se puso en pie, dándose a todos los diablos. Si Lyme escapaba, Mulrooney le iba a poner verde.

De pronto vio otro coche en el cobertizo. Entonces recordó a los dos maleantes muertos. Claro, habían venido en automóvil, pero no habían salido ya de la casa. Vivos, al menos.

Abrió inmediatamente la portezuela y se sentó tras el volante. Tanteó el tablero. Como esperaba, faltaba la llave de ignición. Pero no se apuró por ello.

El inspector Mulrooney le habría reprendido de saber que poseía un objeto semejante. Era una especie de llave maestra, que el joven había ocupado meses atrás a un maleante, especializado en el robo de coches. Nunca había pensado en utilizarla, por supuesto, y si la conservaba en su poder era porque llaves como aquélla las había a docenas en el museo de Scotland Yard, donde se conservaban los más raros objetos que habían servido para cometer los delitos. De todas formas, se dijo, el momento no era para sentir escrúpulos. Si no hubiera dispuesto de la llave, habría tenido que perder un tiempo precioso realizando una conexión entre los cables de arranque.

Dio gas, embragó, encendió los faros y salió a toda velocidad en persecución de Lyme. De pronto se dio cuenta de que el asesino, en lugar de escapar hacia Magshowter, lo hacía en dirección completamente opuesta.

Pisó el acelerador a fondo, atravesando el páramo como un meteoro. El suelo, aunque irregular, estaba cubierto de hierba, que amortiguaba notablemente los choques. Aún así, el automóvil daba unos saltos espantosos y el joven tuvo que agarrarse al volante con todas sus fuerzas para no salir despedido fuera del vehículo.

Lyme corría delante de él. Los faros de su automóvil oscilaban de un modo espantoso, acuchillando la oscuridad con sus haces de luz. Por encima de los bramidos de los motores; el joven oyó una

homérica carcajada que brotaba de los labios del enloquecido criminal.

Pisó el acelerador a fondo. Quería alcanzar a Lyme antes de que éste, en su locura, cometiera algo irreparable. Pero el criminal no cedía un palmo de terreno.

Bruscamente, el joven se dio cuenta de que estaban llegando al final del páramo. Asomó la cabeza por la ventanilla y lanzó un agudo grito, intentando llamar la atención de Lyme. Su llamada se perdió estérilmente en el ruido del motor de su coche.

Refrenó la marcha. Ya no podía hacer nada. La locura de Lyme era total. Su desquiciamiento mental le impedía pensar con claridad.

Súbitamente, el automóvil de Lyme, lanzado a más de cien kilómetros a la hora, se arrojó al espacio.

Alderness clavó el freno. Espantado, vio el coche del asesino saltar fuera del acantilado. El vehículo pareció mantenerse un segundo en el aire, completamente inmóvil, sostenido por la inercia de su aterradora velocidad. Luego, con horrenda lentitud, bajó el morro, movimiento que Alderness pudo seguir perfectamente gracias a la luz de los faros.

Saltó al suelo en el momento en que el coche desaparecía de su vista, tragado por el abismo. Un instante después, percibió el estruendo del choque y, casi en el acto, oyó una terrible explosión.

La noche se iluminó con el cárdeno resplandor de un fuego de gasolina. Lentamente, Alderness se acercó al borde del acantilado. Al caer, el automóvil se había incrustado entre dos peñascos que se adentraban en el mar, sobresaliendo del mismo unos metros. El combustible inflamado, derramaba una tétrica luz roja sobre el lugar. Las olas que batían las rocas apagaron, sin embargo, bien pronto, el fuego.

Cuando el joven se hubo convencido de que allá abajo no quedaba el menor signo de vida, dio media vuelta y emprendió el regreso a la casa.

Amanecía.

Alderness y Maxence estaban en la casa del médico, cuya esposa había atendido solícitamente a la muchacha. El joven había logrado una confesión completa de Jeanne, la cual se había derrumbado al conocer dos amargas verdades: la inexistencia de la fortuna, por

cuya posesión había coadyuvado en la comisión de los crímenes, y la muerte de Lyme. Ahora estaba encerrada en la cárcel local, en espera de ser trasladada al lugar donde sería juzgada.

—Serán benevolentes con ella —dijo el policía— aunque temo que habrá de pasar largos años de prisión.

—Lo importante es que todo haya concluido —dijo el médico, sirviendo café—. Fue un plan diabólico, que indudablemente habría terminado por tener éxito, de no haber sido por tu intervención, Clint.

El joven tomó un sorbo de café. Sentíase cansado, pero también satisfecho por haber logrado resolver un caso que se había presentado terriblemente difícil desde un principio.

—No olvidemos la parte principal que tú has tenido en este asunto —dijo—. Sin tu carta, mi jefe no me habría enviado a Magshowter y, por lo tanto...

Se interrumpió, bruscamente turbado. La señora Braxton se echó a reír. La confusión del joven aumentó de grado.

—Bueno —murmuró—. Tim, ahora sólo falta que tú recomiendes un plan definitivo a Maxence para que termine de olvidar lo que ha pasado.

—Puesto que no tiene a nadie que la presione, sigo recomendando lo mismo que al principio.

—Mallorca —dijo la señora Braxton, mirando al joven con expresión maliciosa.

Alderness miró a la muchacha de reojo. Las mejillas de Maxence se tiñeron de carmín.

—Iré allí en cuanto pueda hacerlo —manifestó.

—Y... creo que Clint acudirá a visitarla —dijo el médico. Socarronamente, añadió—. Yo le haré que vaya, en delegación mía, para comprobar los progresos de su curación.

Maxence miró al joven.

—Me agrada verla allí, Clint —musitó.

—Le prometo ir —dijo el policía, quien, interiormente, sentíase contentísimo de que Maxence no fuese una rica heredera. De pronto se dio una palmada en la frente—. He olvidado dos cosas —exclamó.

—¿Sí? —preguntó Maxence.

—He de recoger los perros, antes de que se despierten y

empiecen a correr por ahí sueltos. Puede que me los quede, ahora que son tan amigos míos.

—¿Y la otra cosa? —inquirió el médico.

—Esperen un momento.

Había una caja en un rincón de la estancia. Alderness la abrió, extrayendo de su interior un proyector cinematográfico que colocó sobre la mesa.

Buscó un enchufe y efectuó la conexión. Luego cerró la ventana.

Puso en marcha el proyector. Un ojo de gran tamaño se proyectó en la pared.

Maxence exhaló un pequeño grito.

—Éste es el truco que utilizaban para torturar su mente —dijo el joven—. Colocaban el proyector en la parte exterior de la casa, sobre la rama donde Carl fingió primero el ahorcamiento, que luego Lyme hizo efectivo.

—Apaga eso —gruñó el médico.

—Espera. Quiero que todos vean un pequeño añadido que he hecho en la película.

Los párpados del ojo se movieron dos o tres veces. Luego, de repente, Maxence, el médico y su esposa se echaron a reír alegremente.

El añadido que Alderness había hecho en la película consistía en una palabra de tres letras.

Era ésta.

FIN

veterano
tiene eso
un **veterano**
sabor

VETERANO ES DE OSBORNE
VETERANO ES CONAC



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 4 - BARCELONA (España)

PRIMO EN ESPAÑA: 8 pías. - Importador en España - Producción en Spain